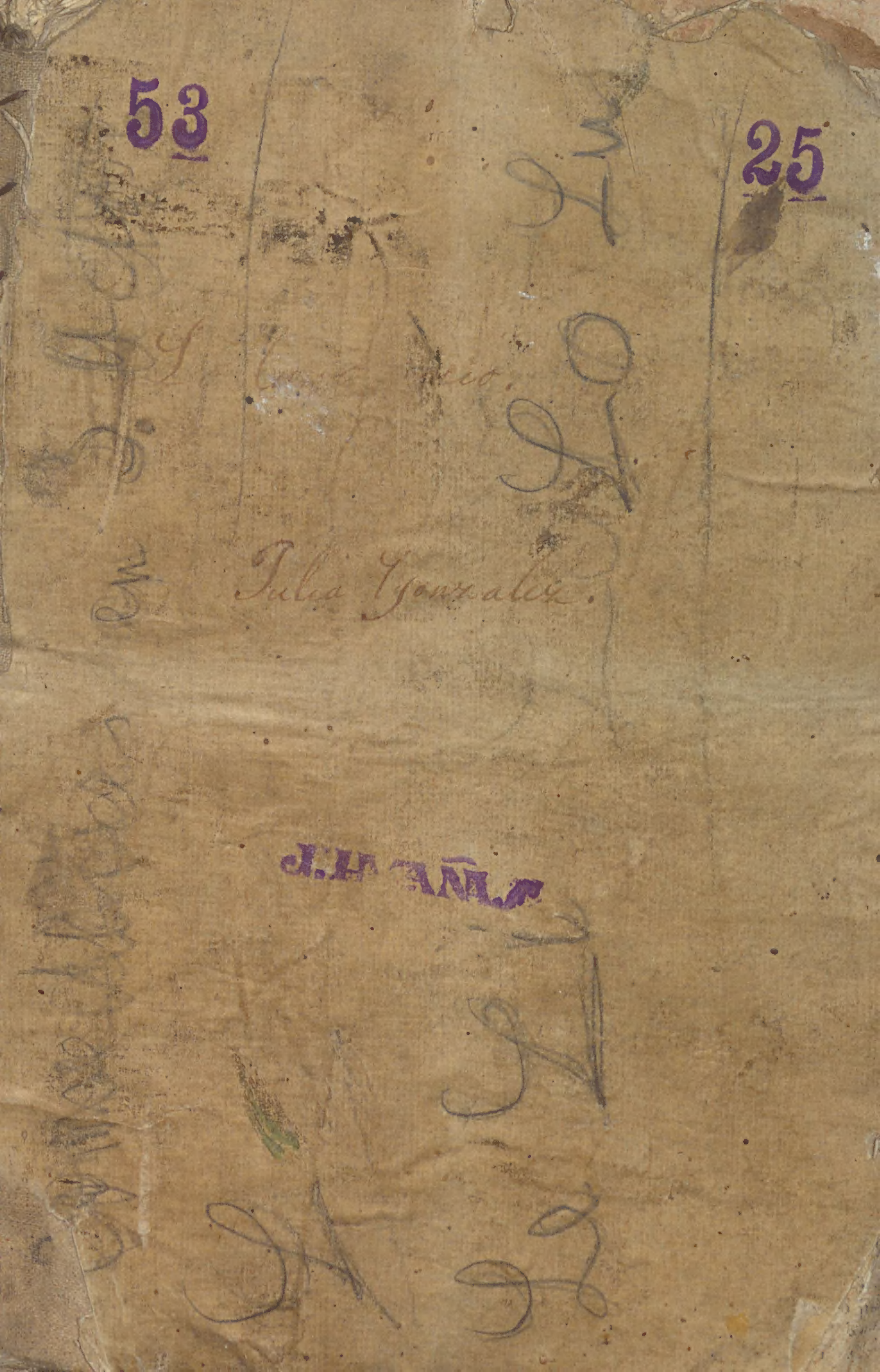

53
25
Julia Gonzalez.

LO TUYO MIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 21 de Diciembre de 1861.





MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

SRA. DOÑA JOSEFA ANGEL DE CASTRO.

La comedia que tengo el honor de dedicar á V. no es mas que un episodio de la vida doméstica, llevado á la escena. V., señora, que es tan buena y virtuosa; V., que se desvela con tierno y solícito afan por todo lo que concierne á su esposo; V., que por un exceso de amor á los desgraciados, ha recogido con maternal cariño á dos pobres niñas, siendo para ellas una providencia que las cobija junto á su seno con cariñoso afan; V., en fin, que es el ángel de su hogar, no podrá menos de admitir con benevolencia esta obra que le dedica su admirador y amigo

Q. B. S. P.

Escrich.

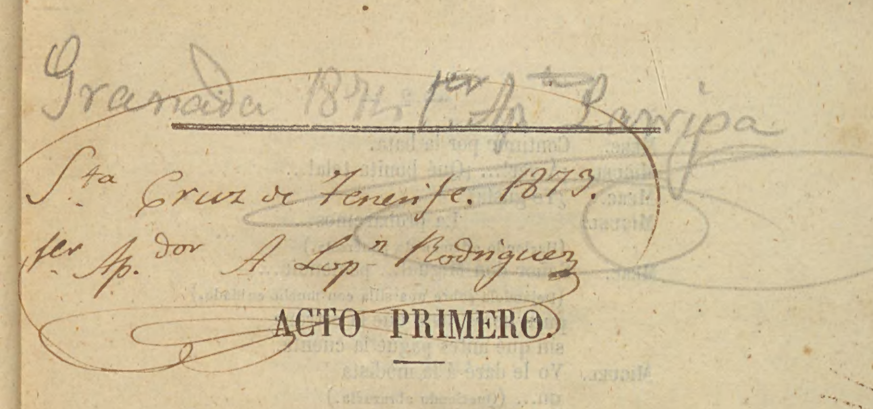


Madrid 19 de Diciembre de 1861.

DISTRIBUCION DE LA COMEDIA.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA MERCEDES.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
AGAPITA..............	DOÑA ELISA BOLDUM.
D. SERAFIN..........	D. PEDRO DELGADO.
D. MIGUEL............	D. JUAN CASAÑER.
ROMUALDO...........	D. JOSÉ ALISEDO.

La fábula se finge, el primero y el último acto en Madrid, el segundo en una casa de campo.
Época actual.



ACTO PRIMERO

Gabinete elegantemente amueblado; puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. MIGUEL escribiendo junto á una mesa, DOÑA MERCEDES entrando por el foro con un canastillo de paja en la mano, el cual contiene una bata y unas chinelas.

MERC. (Desde el foro.)
¡Eh! señor jurisconsulto:
¿dá usté á su mujer audiencia?
MIGUEL. Señora doña Mercedes:
pase usté y no se detenga,
y diga sin circunloquios
todo lo que se le ofrezca.
MERC. Traigo varias comisiones...
MIGUEL. Hable usté; soy todo orejas.
MERC. Pues cierre ese cartapacio,
deje ese sillon y venga.
MIGUEL. Cierro... me levanto y voy. (Lo hace.)
MERC. Principio por las chinelas
que para usted ha bordado (Enseñándoselas.)
su querida primogénita.
MIGUEL. Pues déle usté á doña Emilia
(Las deja sobre la consola.)
mil gracias por su fineza.

MERC. Continúo por la bata.
MIGUEL. ¡Á ver!... ¡Qué bonita tela!...
MERC. ¿Te gusta?
MIGUEL. La probaremos...
(Haciendo ademan de ponérsela.)
MERC. Señor don Miguel... paciencia...
(Dejándola sobre una silla con mucho cuidado.)
pues no es justo que la estrene
sin que antes pague la cuenta.
MIGUEL. Yo le daré á la modista
un... (Queriendo abrazarla.)
MERC. (Rechazándole con dulzura.)
Don Miguel... manos quietas...
MIGUEL. ¿Pues entonces, cómo pago?...
MERC. ¡Cómo!... De este modo: lea.
(Mercedes le entrega una carta.)
MIGUEL. (Leyendo.)
«Señorita y señorito...
»Me alegraré que esta esquela,
»que escribo por mano de...
»mi amigo Anton el albéitar,
»les halle á entrambos á dos
»con la salud mas completa.
»La mia buena, á Dios gracias,
»y sabrán, porque lo sepan,
»que una lluvia muy moral
»ha salvado la cosecha;
»que los guisantes ya raman
»como en agosto las cepas;
»tambien las plantas despóticas
»estan que dá gusto el verlas;
»y en cuanto á las alcachofas,
»las lechugas y las fresas,
»hay tantas, que á dos carrillos
»no podrán ustés comerlas:
»conque salud y mandar
»aquello que se le ofrezca,
»y avísenme su llegada
»pa tenerlo todo en regla;
»suyo siempre para todo,
»Romualdo Soto y Utrera.
»Posdata.» (Representado.) Sin la posdata,

la carta no era completa.
(Leyendo.)
«Dígale usté al señorito
»que me compre, cuando venga,
»una petaca de cuero
»y una navaja gallega;
»pero que no gaste mucho,
»porque á lo mas ambas prendas
»en la calle de Toledo
»costarán una peseta.»
(Representado.)
¡Económico hortelano!...
tú tendrás lo que deseas.

MERC. ¿Cuándo iremos á llevarle
á Romualdo esas frioleras?

MIGUEL. Mas adelante...

MERC. Es tan bello
el campo en la primavera...
Debe estar el cenador
cubierto de madre-selvas...
¡qué bien se pasa allí el rato
en las veladas!... ¿Te acuerdas?...

MIGUEL. ¡Picarilla!...

MERC. Muchas veces
te inspiras de una manera...
que... hasta tienes pensamientos
verdaderos de poèta.

MIGUEL. Y sobre todo en las noches
que de la luna penetra
el melancólico rayo
entre la apretada yedra...

MERC. (Como interrumpiéndole y apoyando un brazo sobre el hombro de su marido.)
Cuando sentada á tus pies
blandamente mi cabeza
pongo sobre tus rodillas...
y tú...

MIGUEL. (Despues de mirar á su mujer.)
¡Vuelvo!...
(Se deja á cargo del actor.)

MERC. Qué, ¿me dejas?...
(Acercándose adonde está su marido.)

MIGUEL. Tengo que hacer el extracto
de un expediente; dispensa...
MERC. ¡Trabajas mucho, Miguel!...
¡Y estás malo!...
MIGUEL. ¡Te lo piensas!...
MERC. Por la noche toses mucho...
y á lo mejor te dispiertas...
MIGUEL. Pero eso...
MERC. Tú tienes hijos
y no quiero que te mueras...
MIGUEL. Ni yo tampoco...
MERC. Y teniendo
una casita tan bella
como tenemos nosotros...
¿quién con placer no se aleja
del estruendo de la córte,
que nuestra salud enerva,
y corre á aspirar las brisas
que mayo en sus alas lleva?
Si te decides, el lunes
nos vamos...
MIGUEL. Mas considera
que el gobierno no me paga
para que yo me divierta...
y que siendo mi salud
excesivamente buena,
vamos... pedir el permiso,
la verdad, me dá vergüenza.
MERC. Le cogí á usted, don Miguel:
por dos meses la licencia
le concede á usté el ministro.
(Le entrega un pliego.)
MIGUEL. (Despues de leer el pliego.)
(¡Qué mujer, en todo piensa!...)
MERC. Será preciso esta noche
ir á ver á su excelencia
y darle las gracias...
MIGUEL. Claro.
¿Sabes que es una prebenda
tener un tio ministro?
MERC. Me quiere como si fuera
su hija... como en su casa

me crié desde pequeña...
¿Conque nos vamos el lunes?...

MIGUEL. En fin, mujer, si te empeñas...

MERC. Yo no... lo que tú decidas.

MIGUEL. Yo no, no... lo que tú quieras.
Hay que hacer preparativos...
hay que arreglar mi escopeta,
y la caña de pescar,
y en dos dias que nos quedan...
(Mercedes tira del cordon de la campanilla y sale un criado, al cual le habla al oido.)
¿Qué es eso?... (Váse el criado.)

MERC. Escucha, Miguel,
mientras lo que espero llega.
El buen marido... el buen padre,
como eres tú, se desvela
porque sus pobres hijitos
y su mujer no carezcan
de todo lo necesario.
Él con noble afan aumenta
trabajando la fortuna,
que valla ante la miseria,
ha de recoger mañana
la familia que le cerca.
El hombre que asi se porta,
si es su esposa honrada y buena,
el menor de sus deseos
con una mirada acierta...
y antes que asome á sus labios
la frase ligada en letras,
corre amorosa en su busca
y amante se la presenta.
Si tú trabajas... Si, yo
leo en tus ojos que anhelas
aspirar las puras brisas
que esparce la primavera...
Si á tí la vida del campo
te remoza y te deleita,
si yo sé que te abochornas
de pedir una licencia,
porque pidiéndola crees
que defraudas á la Hacienda,

¿qué debo hacer, Miguel mio,
mas que ahorrarte esa molestia,
y preparando las cosas
que mas placer darte puedan
decirte... todo está á punto;
ya solamente se espera
que don Miguel de Espinosa,
mi esposo por mar y tierra,
señale el dia y la hora
què le plazca y le convenga
mandar á casa de Lázarò
por un coche de colleras,
arreglar un par de cofres
y... adios, Madrí... hasta la vuelta?. .

MIGUEL. ¡Mercedes! dame un abrazo.

MERC. (Abrazándole.)
¡Miguel!...

(Agapita aparece en la puerta del foro, seguida de dos criados, que traen una cesta grande de mimbre llena de provisiones de boca, y otra mas pequeña que contiene doce botellas.)

ESCENA II.

MIGUEL, MERCEDES, AGAPITA, CRIADOS.

AGAP. (Desde el foro, viendo á los esposos abrazados, hace un gesto de disgusto, exclamando.)
¡Jesus! ¡qué pareja!...

MIGUEL. Pasa adelante, mujer...
no te quedes en la puerta.

AGAP. Yo... como estaban ustedes
tan...

MIGUEL. ¿Qué importa?

(Los criados dejan las banastas en donde les indica Agapita, y salen.)

AGAP. (Ap.) Una doncella
se divierte en esta casa...
¡qué espectáculos!... ¡no me entran!...

MIGUEL. (Mirando la banasta.)
¿Y qué es eso? ¡Comestibles!

MERC. Jamon, salchichon, manteca...

queso de Grúye, aceitunas,
café, latas de conservas,
chocolate, azúcar, pasas...
y... en fin varias frioleras
que á tí te gustan... y yo
no quiero privarte de ellas.

MIGUEL. Te has olvidado un artículo,
y artículo de primera.

MERC. ¿Un artículo?..

MIGUEL. Los vinos
generosos...
(Mercedes dá una palmadita en el carrillo á su marido obligándole por ese medio cariñoso á que vuelva la cabeza y repare en la cesta de las botellas.)

MERC. ¿Y esa cesta?

MIGUEL. (Examinando las botellas.)
Champagne, Oporto, Jerez,
Manzanilla, Cariñena,
¡Burdeos!.. ¡dame un abrazo!..

AGAP. (Viendo que se abrazan.)
¡Jesus! ¡qué cosas! me apestan.)

MIGUEL. Mercedes, tú vales mas
que yo, no hay que darle vueltas!..

MERC. ¡Adulador!..
(Agapita lanza un suspiro.)

MIGUEL. (Á Agapita.) ¿Qué, estás mala?..

AGAP. Tengo un poco de jaqueca...
los nervios...

MIGUEL. ¿Tambien tú tienes...

AGAP. ¡Pues qué, señor, las domésticas
no tienen nervios!

MERC. (Á Agapita.) Retírate,
Agapita...

AGAP. (Media vuelta:
por no presenciar sus... cosas
me iria á vivir á Ceuta. (Váse foro izquierda.)

ESCENA III.

MIGUEL, MERCEDES.

MERC. ¿Con que el lunes?

MIGUEL. Sea el lunes...
MERC. Entonces con tu licencia
saldré á tiendas.
MIGUEL. ¿Qué te falta?
MERC. Poca cosa; unas frioleras...
un sombrero para tí
y para mí una pamela...
¿quieres que la compre blanca
ó de color?..
MIGUEL. Como quieras...
MERC. Mientras yo salgo... tú escribes
á Soto que se prevenga.
(Mercedes abre el cajon de una consola y saca una mantilla.)
MIGUEL. ¿Llamo á Agapita?
MERC. No, no...
tú serás mi camarera.
(Colocándose delante de un espejo.)
Nadie me sirve mejor
que tú.
MIGUEL. ¿De veras?
MERC. De veras...
(Miguel ayuda á su mujer á ponerse la mantilla.)
MIGUEL. ¡Aduladora!
MERC. Te digo
lo que siento...
MIGUEL. ¡Zalamera!
MERC. Tira un poco de la blonda
MIGUEL. ¿Está bien asi?
MERC. Á la derecha.
MIGUEL. ¿Y ahora?...
MERC. Está perfectamente.
¿Y el vestido?
MIGUEL. Dá la vuelta,
es decir, vira en redondo.
(Mercedes dá una vuelta pausada: Miguel en cuclillas estira el vestido y compone el vuelo de la falda.)
MERC. ¿Qué tal?
MIGUEL. Chica... mucho ahueca
el miriñaque!...
MERC. No es mucho.
MIGUEL. Es moda que no me entra;

dá unos petardos...

MERC. ¡Pues yo!...

MIGUEL. Te exceptúo de la regla;
estás hecha una pollita.

MERC. Pues ya me acerco á los treinta
y tú tienes treinta y dos.

MIGUEL. Treinta y cinco ¡San Esteban.

MERC. Treinta y dos.

MIGUEL. No, treinta y cinco.

MERC. Treinta y dos...

MIGUEL. Bien, como quieras...
no hemos de reñir por eso.

MERC. No quiero que te envejezcas,
que es preciso que confieses
que el matrimonio te prueba.

MIGUEL. No lo niego... estoy mas gordo.

MERC. Cuando te llevé á la iglesia
estabas tan flaco... y tan...

MIGUEL. Es verdad, tú me recuerdas
á mi amigo Serafin...
el muchacho mas tronera
de Madrid... Hace diez años
que no sé de él.

MERC. Larga fecha.
Me has contado tantas cosas
de ese hombre.

MIGUEL. Mala cabeza,
pero un corazon de oro.
Durante nuestra carrera
vivimos juntos... ¡qué amigo
mas fiel!... y con qué franqueza
de lo ajeno disponia.
Es verdad, que á manos llenas
esparramaba lo suyo,
y cuando yo una pendencia
tenia con otro, siempre
él salia á mi defensa.
Nos queríamos...

MERC. (Alejándose.) Si... adios.

MIGUEL. Ya te marchas... ¿quién teclea?

(Se oye en uno de los cuartos de la derecha tocar un vals al piano, pero tocado por una mano inexperta.)

MERC. Es nuestra Emilia que aprende
(Tira del cordon de la campanilla.)
un vals...

MIGUEL. (Llevando el compás con la cabeza y talareando.)
¿Á ver si aun recuerdas...
(Cogiendo por la cintura á su mujer, preparándose á bailar.)

MERC. ¡Pero Miguel!...

MIGUEL. ¡Anda, tonta! (Talareando.)

MERC. (Cogiéndose y bailando.)
Vamos... solo un par de vueltas.
(Mercedes y Miguel bailando y acompañando al piano con la voz. Agapita aparece en la puerta del foro: hace un gesto de disgusto viéndolos bailar.)

ESCENA IV.

MIGUEL, MERCEDES, AGAPITA en el foro.

AGAP. (¡Jesus! ¡Vaya un espectáculo!...
Casados mas sanguijuelas...)
¿Llamaba usted?

MERC. (Bailando.) Díle á Pepe
que voy á salir á tiendas
y quiero que me acompañe.
No puedo mas. (Dejándose caer en una butaca.)

AGAP. (Dando media vuelta como para marcharse.)
¡Me revientan!... (Váse)

ESCENA V.

MIGUEL, MERCEDES.

MIGUEL. (Dejándose caer en otra butaca.)
Conozco que el vals, Mercedes,
no es para mí.

MERC. ¡Yo estoy muerta!
(Se oye la voz de un niño de seis años que lee en el Fleuri.)

LA VOZ. (Del niño.) ¿En cuántas partes se divide el tiempo?... En dos principales: la primera desde el principio del mundo hasta el naci-

miento de Jesucristo; y la segunda desde el nacimiento de Jesucristo hasta la creacion del mundo. (Cesa la voz. Don Miguel se levanta, y acercándose á la puerta dice:)

MIGUEL. ¡Diablo de chico!... No es eso.
Hasta nosotros, Babieca.

LA VOZ. (Del niño.) La segunda desde la venida de Jesucristo hasta nosotros Babieca.

MIGUEL. ¡Por vida! (Como si fuera á entrar en el cuarto. Mercedes le detiene riéndose.)

MERC. Déjale al pobre;
apenas seis años cuenta,
y en lecciones de memoria
qué niño es el que no yerra?

MIGUEL. Es verdad...

MERC. Verás qué alegre
se pondrá con la sorpresa
que para el lunes preparo
cuando en vez de ir á la escuela,
se encuentre junto al portal
con un coche de colleras.
(Mercedes, despues de estrechar la mano de Miguel, sale por el foro.)

ESCENA VI.

MIGUEL, solo.

Mi mujer si que es mujer
(Se sienta y prepárase á escribir.)
que sabe lo que se pesca.
¡Y hay solteron doceañista
que viva á salto de mata
entre una patrona ingrata
y un amigo petardista?...
Diez años por carnaval
que nos casaron; si, justo:
y aun le encontramos buen gusto
al nido matrimonial.
Nunca entre nosotros dos
pudo hospedarse el demonio,
siendo nuestro matrimonio

de los que bendice Dios;
y como voy observando
que á mi gusto se acomoda,
el dulce pan de la boda
aun me parece muy blando.
(Escribiendo.)
Romualdo: el lunes espero
llegar á la quinta... (Dejando la pluma.)
Hoy dia,
una mujer cual la mia
no se paga con dinero.
Las queridas con razon
te despluman si te embobas
con su amor. (Escribiendo.) Á las alcobas
puedes darles un limpion,
pues sabes que mi mujer
nunca en la limpieza ceja.
(Representando.)
Y en un mes de amor te deja
sin un hueso que roer
la mas modesta del gremio.
Yo las odio... las maldigo,
soy su constante enemigo.
(Escribiendo.)
Sé que merecen un premio
tus desvelos de hortelano,
y recompensarte espero
con la petaca de cuero.
(Representando.)
No sé cómo hay ciudadano
que incauto y frágil se entrega
á una mujer sin amor,
que le clava á lo mejor.
(Escribiendo.)
Una navaja gallega
me pides y la tendrás.
El sobre á... calle del Pez,
arrabales de Aranjuez,
huerta de San Nicolás...
(D. Miguel se queda sellando la carta sentado junto á la mesa, se oye la voz de Serafin y Agapita en la puerta del fondo.)

SERAFIN. (Desde dentro.)
No hay que incomodarse...

AGAP. (Desde dentro.) Al fin
del corredor.. (Cruza por el foro y se vá.)
(Serafin aparece en la puerta del foro: debe ser un elegante en decadencia: las prendas aunque viejas y de viaje le sientan bien y le dan un aire distinguido: lleva en la mano un saco de noche, sombrero de paja, etc.)

ESCENA VII.

MIGUEL, SERAFIN.

SERAFIN. (Desde el foro.) ¡Caballero!..

MIGUEL. (Levantándose.)
¿Quién... será posible... pero...
(Miguel primero mira con asombro á Serafin, luego se restrega los ojos con las yemas de los dedos como el hombre que cree ver una cosa imposible y duda de la realidad, y por fin se lanza en los brazos de Serafin: tan pronto como este abra los suyos pronuncia su nombre.)

SERAFIN. ¡Miguelito! (Corriendo hácia él.)

MIGUEL. ¡Serafin!.. (Abrazándole.)
¡Tú en Madrid!... yo te creia
con los muertos sepultado...

SERAFIN. Pues, chico, te has engañado,
porque aliento todavia.

MIGUEL. ¿De dónde sales, perdido,
despues de tan larga ausencia?..

SERAFIN. Salgo de la diligencia
cual me ves, sucio y molido.

MIGUEL. Otro abrazo, voto al draque... (Se abrazan.)

SERAFIN. Aprieta de corazon...

MIGUEL. Á ver... sin adulacion;
aun conservas buen empaque...
porque al ver tu aire marcial,
asi á la primera vista,
huelo en tí á un capitalista.

SERAFIN. (Apoyando su mano derecha sobre el hombro de Don Miguel.)

Pues, chico... hueles muy mal;
porque en mí todo es fachada
pelada, monda y lironda,
pero si me echas la sonda...

MIGUEL. ¿No das fondo?

SERAFIN. Casi nada.

MIGUEL. Sobre tu suerte no arguyo...
que ella ha de ceder al fin:
mientras tanto, Serafin,
como antes... lo mio es tuyo.

SERAFIN. Gracias... Miguel...

MIGUEL. Con razon,
ocho años juntos vivimos
y el dulce nombre nos dimos
de hermanos del corazon;
mas en diez años de ausencia
¿qué hizo tu fortuna ingrata?

SERAFIN. Vivir á salto de mata
y malgastar la existencia:
te dejé y me fuí á Albacete
con la carrera acabada,
y en mi paternal morada
establecí mi bufete;
pero aunque todos decian
que era un chico aprovechado,
los clientes á mi estrado
con frecuencia no acudian.
Al fin aquellos pazguatos
me aburrieron de manera,
que un dia me dije... fuera,
Serafin... al agua, patos:
mira con desden profundo
estas arraigadas yedras,
tú en este mundo no medras,
ánimo y al otro mundo.

MIGUEL. ¡Hombre!.. ¿y tuviste valor...
para atentar?..

SERAFIN. Claro es.
Catorce dias despues
en Cádiz tomé un vapor,

MIGUEL. Yo creí...
(Haciendo el ademan de un hombre que se pega un tiro.)

SERAFIN. Eso es vulgar...
El hombre de corazon
afronta la situacion,
la vé y la deja llegar...
Ni la vida me importuna
ni yo quiero darla al traste.

MIGUEL. Es decir que viajaste
en pos de mejor fortuna.

SERAFIN. Medio mundo recorrí,
y soy tan afortunado,
que á Madríd he regresado
tan pobre como salí.

MIGUEL. Á tí que estudiar te agrada,
no habrás el mundo corrido
sin aprender...

SERAFIN. He aprendido
á saber que no sé nada.

MIGUEL. ¿Qué aprende aquel que se afana
en recorrer las naciones?

SERAFIN. Que... las grandes poblaciones
en conjunto son hermanas.
En todas ellas se vé
sol de dia y luz de noche,
ricos que corren en coche,
pobres que corren á pié.
Palacios donde el magnate
derrocha altivo el dinero...
casuchas do el pordiosero
con su miseria combate.
Celebridades inscritas
sin razon en las gacetas;
artesanos con chaquetas
y señores con levitas:
hombres de mucho saber
que viven oscurecidos,
ignorantes atrevidos
que conquistan el poder...
Por suma sabiduria
la desvergüenza aclamada,
y la modestia mirada
como infame hipocresia.
Artistas de ingenio chato

que en el café adquieren fama,
alguna mujer que ama
y muchas que aman un rato.
Fátuos á quienes engrie
un aplauso que desdora...
media sociedad que llora,
media sociedad que rie.
Tahures de mala ley
que engorda ajeno bolsillo,
mucho tonto, mucho pillo...
mucho súbdito y un rey.
Y en fin, Miguel, los humanos
del padre Adan descendemos...
por lo cual nos parecemos,
es decir... somos hermanos.
Pero aunque con lengua adusta
trate al mundo de imperfecto,
á mí me hace buen efecto:
quiero decir, que me gusta.

MIGUEL. Sobre el mundo no te arguyo,
que en ello soy poco fuerte;
pero volviendo á tu suerte,
repito... lo mio es tuyo.

SERAFIN. Gracias, Miguel, pues te advierte
que tu oferta, hoy en el dia,
me viene bien... no tenia
adonde caerme muerto.

MIGUEL. Otro abrazo, y demos fin
á tus gracias.

SERAFIN. Bien, admito.
¡Estás gordo, Miguelito!...

MIGUEL. ¡Si que lo estoy, Serafin!...
De vida tranquila en pos,
á tiempo mudé de estado
y me casé...

SERAFIN. (Con asombro.) Te... ¡has casado!

MIGUEL. (Con naturalidad.)
Me he casado.

SERAFIN. (Cogiendo el saco de noche que habrá dejado sobre una silla, y dirigiéndose hácia la puerta.)
¡Chico, adios!

MIGUEL. (Deteniéndole.)

¿Dónde vas?

SERAFIN. Miguel, dispensa;
porque tu mujer quizás...

MIGUEL. Como des un paso mas...
me haces una grave ofensa.

SERAFIN. Pero, hombre, no es muy prudente...

MIGUEL. Pues no faltaba otra cosa.
(Le quita el saco de noche y lo tira sobre una butaca.)

SERAFIN. Pero ¿tu esposa?...

MIGUEL. Mi esposa
es una mujer decente.
Despues, no eres un extraño
para ella... pues veces mil
nuestra vida estudiantil
le he referido de antaño.

SERAFIN. Mira, Miguel; avezado
á esa vida independiente,
soy... asi... un poco indolente,
y tu mujer...

MIGUEL. ¡Qué pesado!
¿Te piensas tú que Mercedes
es una mujer vulgar...
que vá á gruñir y á rabiar
porque tú en casa te quedes?
¿ó es que á ser rico, quizás
tus puertas me cerrarias?

SERAFIN. Yo no...

MIGUEL. Pues si no lo harias,
admite y no hablemos mas.

SERAFIN. Admito y cierro la boca,
que el pobre por todo pasa.

MIGUEL. (Tirando del cordon de la campanilla.)
Pobre no; tuya es mi casa,
y sé lo que hacer me toca.

ESCENA VIII.

MIGUEL, SERAFIN, AGAPITA.

AGAP. ¿Llamaba usted?

MIGUEL. Ven aqui.

AGAP. (Mirando de reojo á Serafin al tiempo de acercarse adonde está Miguel.)
(No es mal mozo.)
MIGUEL. Acércate.
¿Tú ves á este caballero?
AGAP. Si, señor.
MIGUEL. Mírale bien.
AGAP. Le miro, y por mas que miro...
no le conozco.
MIGUEL. Lo sé.
SERAFIN. (¡Qué ojillos tiene esta chica!)
MIGUEL. Voy á decirte quién es,
para que todos en casa
cumplais con vuestro deber.
Se llama don Serafin
Monterroso.
SERAFIN. Mas, Miguel...
AGAP. (¿Será soltero?...)
MIGUEL. Es mi amigo,
y aquí le obedecereis
en todo, sin consultarle
á nadie, ni á mi mujer.
En una palabra, el amo
desde este momento es él.
AGAP. Se hará lo que usted desea.
MIGUEL. Pues eso quiero.
AGAP. Está bien.
MIGUEL. Conque adios. Venga otro abrazo.
SERAFIN. ¿Te vas?
MIGUEL. Van á dar las tres,
y he de ir al ministerio...
Pronto vuelvo.
SERAFIN. Adios, Miguel.

ESCENA IX.

SERAFIN, AGAPITA.

SERAFIN. ¡Qué buen amigo!... de fijo
que no hay en la córte diez
que en iguales circunstancias
hicieran lo que ha hecho él.

Oye, muchacha: ¿á qué hora
se acostumbra aqui á comer?

AGAP. Aqui, señor, nos regimos
por el método francés.
Almorzamos á las doce
y comemos á las seis.
Pero si usted quiere algo...

SERAFIN. Algo... ¡pche! yo te diré:
desde anoche á media noche
que cenamos, no muy bien,
que no he comido mas que humo
de cigarros de papel;
de modo que en el estómago
siento...

AGAP. Le comprendo á usted:
voy á que la cocinera
disponga...

SERAFIN. Si... eso es...
que disponga, pero poco;
no me vayas á traer
un almuerzo suculento;
bastan dos platos ó tres;
sobre todo, vino... el agua
no suele sentarme bien.
Ademas me la ha prohibido
un facultativo inglés,
y yo los fallos respeto
de los hombres de saber.

AGAP. ¿Entrará usté al comedor?

SERAFIN. ¡Al comedor! ¿para qué?
En cualquier parte, aqui mismo.

AGAP. (¡Qué franco y qué guapo es!) (Váse.)

ESCENA X.

SERAFIN, solo.

Está bien puesta la casa...
se conoce que Miguel
es hombre de arraigo... huelo
aqui cierta esplendidez...
(Se queda parado delante de un espejo.)

yo no me atrevo...

SERAFIN. ¿Y por qué?

AGAP. Porque la que toma...

SERAFIN. Etcétera;
sé el refran, ríete de él.

AGAP. Vaya, si usted me promete...

SERAFIN. ¡Pues no te he de prometer!

AGAP. Muchas gracias.
(Tomando una aceituna con el tenedor.)

SERAFIN. Con permiso.
(Dándole un beso en la mano.)

AGAP. Caballero... ¿qué hace usted?
Usted falta á su palabra.

SERAFIN. No lo creas, al revés...
El que toma á dar se obliga,
nos dice el refran... pues bien,
yo te he dado una aceituna
y un beso... luego ya ves
que yo te he dado dos cosas
sin tomar nada, mujer.

AGAP. Usted sabe mucho...

SERAFIN. Gracias.
¿Otra aceitunita?

AGAP. Bien. (La toma.)

SERAFIN. ¿De dónde eres?

AGAP. De Mallorca.

SERAFIN. Pues, chica, no te se vé...

AGAP. ¿El qué, señor?

SERAFIN. El acento,
me pareció aragonés.

AGAP. Si me crié en Jaca...

SERAFIN. En Jaca...
(Entonces correrá bien.)
Y dime: las de tu clase,
hoy dia, ¿en dónde teneis
la reunion los domingos?

AGAP. Solemos ir al Ariel,
al Elíseo Madrileño...

SERAFIN. Al Elíseo... y eso, ¿qué es?

AGAP. Baile dominguero.

SERAFIN. ¡Hola!

AGAP. Y me puede usted creer,

la reunion es muy decente.
Vaya, ya la verá usté.
Yo bailé el último baile
con el hijo de un marqués.
¡Y si viera usted qué fino!...
mucho, me llevó al café,
y luego me trajo á casa
en un coche de alquiler.

SERAFIN. ¿Si?... pues el domingo iremos...
digo, si tú vas...

AGAP. Iré
si usted se empeña...

SERAFIN. Me empeño.—
Mas dime, ¿en dónde podré
afeitarme?

AGAP. En aquel cuarto
(Señalando uno de la derecha.)
tiene usted el neceser
del señorito.

SERAFIN. Y su ropa,
¿está en el cuarto tambien?

AGAP. Si, señor.

SERAFIN. Voy á afeitarme.

AGAP. Si me necesita usted,
me llama.

SERAFIN. Si te... (Prudencia;
no lo echemos á perder.)
Venga esa mano...
(Dándole la mano.)

AGAP. (¡Qué franco!)

SERAFIN. ¿Quieres sér mi amiga?

AGAP. Bien.

SERAFIN. Yo soy constitucional,
y nunca me olvido que
la Constitucion nos dice
igualdad ante la ley.
Yo esa igualdad acato,
sobre todo en la mujer.
Somos amigos.

AGAP. Amigos.

SERAFIN. Aprieta... y hasta despues.
(En cuanto llegué á la córte

ya me ha caido que hacer.)
(Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA XII.

AGAPITA, sola.

Ese caballero tiene
en su cara un no sé qué...
que ha conmovido las fibras
de mi corazon novel.
Es de esos que tienen ángel;
de esos que la primer vez
que en la senda de la vida
los encuentra una mujer,
dicen: la media naranja
que yo voy buscando es él.

ESCENA XIII.

AGAPITA, MERCEDES, y un criado por el foro.

MERC. Gracias á Dios. ¡Qué calor!
Deja eso y véte, José.
(Váse el criado despues de dejar sobre una consola dos sombreros de paja. Mercedes reparando en la mesa y en el desórden de la escena. Agapita junto á la puerta de Serafin, sin reparar en su ama.)
¡Pero, Dios mio, qué es esto!
¡qué desórden!... ¡ni un cuartel!...
Mis provisiones asi...
¡qué escándalo!... ¡una levita!
¡y unas botas!... ¿Agapita?
AGAP. Señora.
MERC. ¿Qué pasa aqui?
AGAP. ¿Qué pasa...
MERC. Vamos, contesta.
¿Por qué razon mis doncellas
dan comienzo á mis botellas
y me escudriñan la cesta?
Vamos, responde: ¿á qué fin
hallo esto desarreglado?

AGAP. Le diré á usté; es que ha almorzado
el señor don Serafin.
MERC. ¿Don Serafin Monterroso?
AGAP. El mismo; y él culpa tiene...
MERC. (En buenos momentos viene
el amigo de mi esposo.)
¿Dónde está?...
AGAP. En el gabinete
afeitándose.
MERC. Me agrada.
AGAP. ¿Quito esto?
MERC. No quites nada.
AGAP. ¿Quiere usted algo?
MERC. No; vete.
AGAP. Me voy... (¡Jesus, qué mujer!
¡qué genio tan fastidioso!) (Váse.)

ESCENA XIV.

MERCEDES, sola.

Don Serafin Monterroso
lo ha echado todo á perder.
Si ahora mi esposo se engresca
contando historias pasadas
y vuelven á las andadas...
quiere decir... que estoy fresca.
Vamos, aqui es menester
pensar algo... discurrir...
yo no puedo consentir
que Miguel se eche á perder.
Él tan bueno... tan casero...
y de seguro se pierde
solo con que le recuerde
sus locuras de soltero. (Pausa.)
Si yo con paciencia escasa
con mal trato le despido...
por no ceder mi marido
querrá tenerle en su casa;
y dirá que no respeto
su amistad... ¡Qué desatino!...
tomemos otro camino

para llegar á mi objeto...
porque la paz del hogar
cuesta mucho de obtener;
mas si se llega á perder,
tarde se suele encontrar.
Recursos tendré de sobra...
para poder conseguir...
Él por allí ha de salir.
Ea; manos á la obra.
(Mercedes se sienta en una butaca que debe hallarse al extremo opuesto del cuarto en donde figura estar Serafin. Este sale con un jarro en la mano y la cara enjabonada como el que vá á afeitarse, y se dirige al foro sin ver á Mercedes.)

ESCENA XV.

MERCEDES, SERAFIN.

SERAFIN. Voy á ver si la muchacha
me llena el jarro... ¡Agapita!
MERC. ¡Ay!
SERAFIN. ¿Qué?
MERC. ¡Jesus!
SERAFIN. ¡Señorita!
MERC. Caballero... (¡Ay Dios, qué facha!...)
SERAFIN. ¿Se asustó usté?..
MERC. Un poco... ¡el grito!
SERAFIN. Perdone usté...
MERC. (¡Y lleva puesta
la bata!...)
SERAFIN. (Si será esta
la mujer de Miguelito?...)
MERC. No lo extrañe usted, que al fin
yo con quién hablo no sé.
SERAFIN. ¿No me ha conocido usté?
MERC. No, señor...
SERAFIN. Soy Serafin.
MERC. ¡Serafin!
SERAFIN. Si, Monterroso.
MERC. Es usted, si no me engaño,
aquel amigo de antaño

de quien me ha hablado mi esposo?
SERAFIN. Justo... y usted, señorita,
será...
MERC. Si, yo soy la esposa
de don Miguel de Espinosa.
SERAFIN. Celebro... (Pues es bonita.)
MERC. ¿Vió usted á Miguel?
SERAFIN. Le ví.
MERC. ¿Y qué dijo?..
SERAFIN. Se ha empeñado
en tenerme aqui hospedado...
MERC. Hizo bien...
SERAFIN. ¿Hizo bien?
MERC. Sí.
SERAFIN. Señora, tanta bondad.
MERC. ¿Qué persona siendo honrada
tiene la puerta cerrada
cuando llama la amistad?
SERAFIN. Gracias...
MERC. Me alegro infinito
de dar á usté alojamiento.
SERAFIN. (Creo que tiene talento
la mujer de Miguelito.)
Pues, señora, yo confieso
con rubor, que me creia
que á usted no le gustaria
el que yo...
MERC. ¡Pensó usted eso!
(Serafin hace un movimiento afirmativo.)
pues ha pensado usted mal.
SERAFIN. Como á la mujer casada,
vamos... no siempre le agrada
que uno...
MERC. ¿En tésis general?
SERAFIN. ¡Pischt!
MERC. Pues en esta ocasion,
aunque en el alma le pese,
es preciso que confiese
que yo soy una excepcion...
SERAFIN. Lo veremos...
MERC. Yo lo fio...
Usted, señor Monterroso,

¿es amigo de mi esposo?

SERAFIN. Si...

MERC. ¿Quiere usted serlo mio?

SERAFIN. Señora, me falta labia
para decirle que gano
con su amistad...

MERC. Si... la mano. (Le dá la mano.)

SERAFIN. Tome usted. (Yo estoy en babia.)
Siento...

MERC. Disculpa no admito,
que aqui la franqueza reina.

SERAFIN. (Caramba, y qué bien se peina
la mujer de Miguelito!..)
Conque amistad... (¡Animal!...)
(Se lleva la mano á la cara distraidamente, y al vérsela llena de jabon exclama con asombro: ¡Animal!)
Señora... perdone usté.

MERC. Que le perdone... ¿y por qué?
si eso es lo mas natural...
(Serafin se limpia la cara con la falda de la bata.)
(¡Y se limpia con la bata...
Maldito seas amen!)

SERAFIN. Ríase usted... porque bien
merezco... Memoria ingrata!
La presentacion ha sido
á fé mia divertida.

MERC. ¡Bah! no habré visto en mi vida
afeitarse á mi marido!

SERAFIN. Me aturde tanta bondad;
ni aun se quiere usted reir
de mí.

MERC. No; mas le voy á pedir
un favor á su amistad.

SERAFIN. Un favor... ¡mil que usted quiera!

MERC. Pido á su amistad, si es fiel,
que no recuerde á Miguel
su historia de calavera...
pues de esa vida azarosa
el seductor desaliño,
matar pudiera el cariño
de sus hijos y su esposa;
y pues usted ha venido

á esta humilde casa á honrarme,
no pretenda usted robarme
el amor de mi marido.
Amor en el cual yo miro
mi felicidad cumplida,
tan necesario á mi vida
como el aire que respiro...
dulce, amorosa pasion
que nunca arrancó en despojos
ni una lágrima á mis ojos,
ni un latido al corazon;
que es muy triste, á la verdad,
y el pensarlo me amedrenta,
perder un amor que cuenta
diez años de antigüedad.
Amor que yo necesito,
porque es parte de mi ser...

SERAFIN. (Pues señor... ¡es gran mujer
la mujer de Miguelito!)
Señora, si algun negocio
se me presenta algo al sesgo
lo haré por mi cuenta y riesgo,
sin necesidad de socio.
Item mas: le juro á usté
que si me pide su esposo
parte, aun siendo ventajoso
el negocio... no lo haré...

MERC. Palabra...

SERAFIN. Queda empeñada;
que yo no la ofrezco en vano.
(Serafin y Doña Mercedes se dan la mano.)

ESCENA XVI.

MERCEDES, SERAFIN, MIGUEL en el foro.

MIGUEL. (Desde el foro.)
¡Caramba! ¡Ya os dais la mano!...
¡Bravo! (Pues esto me agrada.)

SERAFIN. ¡Qué mujer tienes, Miguel!
¡qué mujer!... te felicito.

MIGUEL. ¡Si, eh!

SERAFIN. Voy á rasurarme:
hasta luego.
(Á Mercedes.) Con permiso. (Váse.)

ESCENA XVII.

MERCEDES, MIGUEL.

MIGUEL. ¿Conque tan amigos ya?
MERC. Con razon. Siendo tu amigo,
no tiene nada de extraño
que tambien lo sea mio.
MIGUEL. Me alegro, pues hospedaje
en mi casa le he ofrecido
al verle llegar tan pobre.
MERC. Y has hecho bien: fuera indigno
de tu corazon, cerrarle
las puertas porque eres rico.
MIGUEL. Gracias.
MERC. ¡Despues es tan franco!
MIGUEL. ¿Verdad que si?
MERC. ¡Y tan cumplido!
¡Tiene una conversacion
tan amena!
MIGUEL. Si es muy fino.
MERC. Pero es un poco tronera.
MIGUEL. ¡Tronera! ¿Qué, qué te ha dicho?...
MERC. Tonterias...
MIGUEL. ¡Tonterias!...
(Fuera lance divertido
que Serafin...)
MERC. (Le hizo efecto.)
¿Qué decias?...
MIGUEL. Yo no digo...
MERC. Pues á pesar de sus bromas
me parece muy buen chico.
MIGUEL. No tan chico... no, Mercedes,
que ya cumplió treinta y cinco.
MERC. ¿De veras?... pues está jóven.
MIGUEL. Pistch...
MERC. Yo no lo hubiera dicho.
MIGUEL. (Andemos con pies de plomo,

que Serafin es muy pillo.)

MERC. Si vieras con qué franqueza
disponia...

MIGUEL. Hizo lo mismo
toda su vida.

MERC. Tu bata
se puso...

MIGUEL. Si, ya lo he visto.

MERC. Á mí me hizo tanta gracia
el verle.

MIGUEL. Es muy divertido.

MERC. Sin andarse con repulgos
de empanada, ahora mismo
él se preparó un almuerzo
fiambre, dando principio
á nuestra cesta.

MIGUEL. ¡Á la cesta!
¡Calla! ¡y comenzó los vinos!
¡Pues es una ganga!...

MERC. ¡El pobre
traia tal apetito!

MIGUEL. Si, mas no se sácia el hambre
en la sala de recibo
cuando hay un buen comedor.

MERC. Sé indulgente con tu amigo.

MIGUEL. Lo soy, pero es muy Adan.

MERC. No es sino un poco aturdido,
acostumbrado á las fondas
y á las casas de pupilos...

MIGUEL. Se deja aqui una levita,
se deja allá unos botitos,
y convierte en prenderia
la sala. ¡Es muy divertido!

MERC. No te enfades por tan poco.

MIGUEL. ¡Tan poco! Pues...

MERC. Si; y ahora mismo
todo estará como estaba.
Ayúdame... no hay motivo...
(Coloca en la cesta los comestibles.)
Los comestibles aqui,
y en esta cesta los vinos;
esta levita, estas botas

déjalas aqui en un lio
para que las limpie Pepe.
¿Ves? ya está todo en su sitio.
MIGUEL. (Me carga que mi mujer
defienda tanto á mi amigo.)

ESCENA XVIII.

MERCEDES, MIGUEL, SERAFIN, que sale del gabinete con traje diferente y sin sombrero.

SERAFIN. (Sale, vé á Miguel y Mercedes juntos arreglando la cesta y comienza á batir las palmas.)
¡Bravo! ¡bien!...
MERC. ¡Ah! es Monterroso...
SERAFIN. ¡Si viera usted cuánto envidio
á los casados que pasan
la vida asi tan unidos
como ustedes!
MERC. Si, eso es fácil.
SERAFIN. ¿Cómo?
MERC. Haciendo usted lo mismo...
casándose.
SERAFIN. ¡Tengo un miedo!...
MERC. ¿Á la mujer?
SERAFIN. No, á los hijos:
esa prole progresiva
de los matrimonios íntimos.
MERC. ¿Teme usted?...
SERAFIN. Si, lo confieso;
me dan horror los chiquillos.
MERC. Pues á mí me gustan mucho.
MIGUEL. Y á mí.
SERAFIN. Oye, Miguelito.
Dispense usted... (Á Mercedes.)
MIGUEL. ¿Qué me quieres?
MERC. Cuidado con lo ofrecido.
SERAFIN. Descuide usted.
MIGUEL. ¿Y qué es ello?
SERAFIN. Un secreto...
MIGUEL. ¿Si? ¡pues chito!
SERAFIN. Escucha.

MIGUEL. Tus pantalones
se parecen á los mios.
SERAFIN. Eres buen fisonomista.
MIGUEL. ¿Por qué?
SERAFIN. Porque son los mismos.
MIGUEL. (¡Pues me agrada!)
SERAFIN. Con franqueza;
si te enfadas me los quito.
MIGUEL. ¿Quieres callar?...
SERAFIN. La levita
tambien... Estoy desprovisto,
y en tanto que no tropiece
con un sastre compasivo,
yo acepto tu ofrecimiento,
Miguel, y lo tuyo es mio.
MIGUEL. Bien, hombre.
SERAFIN. Á mí no me gusta
ser molesto, te lo aviso.
Escucha. Estoy sin un cuarto...
(Miguel hace ademan de sacar dinero del bolsillo. Serafin le coge por el brazo y le dice á media voz.)
No te toques el bolsillo;
no quiero que tu mujer
se entere... Asi, con descuido,
dejas sobre la consola
alguno...
MIGUEL. (Vaya un capricho.)
SERAFIN. Y yo me acerco y lo tomo
haciéndome el distraido.
(Miguel deja sobre la consola algunos napoleones, que luego tomará Serafin.)
MERC. ¿Se acabó la conferencia?
SERAFIN. Si, señora.
(Acercándose adonde está Mercedes.)
MIGUEL. (Yo no he visto
una franqueza mas ancha
que la que gasta conmigo
Serafin.)
SERAFIN. (Hablando confidencialmente con Mercedes.)
Yo nunca falto,
señora, á lo prometido.
MERC. Gracias.

SERAFIN. Palabra es palabra.
MIGUEL. ¿Qué?
SERAFIN. Si no hablamos contigo.
MIEUEL. (¡Pues me gusta!)
SERAFIN. ¿Y el dinero?
MIGUEL. En la mesa. (Á Mercedes.) (¿Qué te ha dicho?
MERC. Tonterías.

(Serafin se acerca á la consola y coge el dinero que dejó Miguel con disimulo. El juego de esta escena se deja á cargo de los actores.)

MIGUEL. ¡Tonterias!...
(¡Malo!... ¡malo!...)
MERC. (¡Pobrecito!
me dá lástima: él padece...)
SERAFIN. (Uno, dos, tres, cuatro, cinco
napoleones... Me basta
para hoy.) Di, Miguelito,
¿es este sombrero tuyo?
MIGUEL. Si,
SERAFIN. Pues te lo decomiso.
MIGUEL. ¡Cómo!
SERAFIN. Voy á comprar uno,
y vuelvo. Adios...
MIGUEL. Pero, chico...
si yo no tengo otro.
SERAFIN. Vuelvo.
MIGUEL. Pero...
SERAFIN. Si vuelvo ahora mismo. (Váse.)

ESCENA XIX.

MIGUEL, MERCEDES.

MERC. ¡Já, á, já!
MIGUEL. ¿Te ries?
MERC. Si.
¿Á quién á reir no incita
su gracia?
MIGUEL. ¿Si? pues maldita
la gracia que me hace á mí.
MERC. Miguel, no tienes razon.
MIGUEL. ¿Que no tengo?... Ese aturdido

hoy á mi casa ha traido
las plagas de Faraon.

MERC. Preciso es que te hagas cargo
que es tu amigo.

MIGUEL. Si, mujer.

MERC. Que le acabas de ofrecer
cuanto vales...

MIGUEL. Sin embargo...

MERC. Que él á tu casa ha llegado
y tú le admitistes...

MIGUEL. Pero...
una cosa es ser soltero...
y otra cosa es ser casado...
No me hace gracia maldita
que sin atender razones
se ponga mis pantalones,
mi sombrero... mi levita.
Que me escudriñe la cesta
y se beba á todo pasto
un vino que solo gasto
para los dias de fiesta.

MERC. Pero te olvidas, Miguel,
que es muy pobre y muy tu amigo,
y que él haria contigo
lo mismo que haces con él.
Por lo cual yo solicito
que cumplas con tu deber.

MIGUEL. (Me carga que mi mujer
defienda á Serafinito.)

MERC. Iremos al campo. Al fin
tú de ello te alegrarás,
que allí nunca estan de mas
hombres como Serafin.

MIGUEL. (¡Pues estoy fresco si viene!)

MERC. Si se decide á venir,
nos vamos á divertir
mucho...

MIGUEL. Si. (No me conviene.)
Mira, Mercedes... la vida
del campo tiene atractivos
muy bellos... muy positivos
para el que su hacienda cuida.

Yo su dulce paz envidio
y la disfruto gustoso,
pero lo que es Monterroso
se nos muere de fastidio.
Ya ves, un hombre avezado
á esa vida de jarana,
en el campo, á la semana
llora como un desterrado.

MERC. Pues tienes razon, Miguel.

MIGUEL. (Voy convenciendo á mi esposa.)
¡Ah! se me ocurre una cosa...

MERC. ¿Qué cosa?

MIGUEL. Irnos sin él.

MERC. (Opino que á lograr voy...)
Es claro, si allí se aburre...

MIGUEL. Otra cosa se me ocurre.

MERC. ¿Qué cosa?

MIGUEL. Marcharnos hoy.

MERC. ¡Marcharnos! Yo no me explico...
Y él, ¿qué dirá?

MIGUEL. No te importe.
Qué, ¿no hay fondas en la córte?

MERC. Pero él es pobre.

MIGUEL. Yo rico.

MERC. (Ya los resultados toco.)

MIGUEL. En casos excepcionales
se tirán trescientos reales.

MERC. Trescientos reales es poco.

MIGUEL. ¡Poco!

MERC. Poco... Mas seguros
allá en el campo estaremos
cuanto mas al partir demos.

MIGUEL. ¿Qué le doy?

MERC. Cincuenta duros.

MIGUEL. ¡Mil!...

MERC. Corto no te quedes.
¿No es tu amigo?

MIGUEL. Si, si; pero...

MERC. ¡Bah! no te duela el dinero
hoy.

MIGUEL. Tienes razon, Mercedes.

MERC. Mas para que no se inquiete

viendo que se le rehusa,
escribe y dále una excusa.

MIGUEL. (¡Qué mujer!...) Saca un billete.
(Miguel se frota las manos demostrando el contento, y se sienta preparándose para escribir.)

MERC. (¡Ay, gracias á Dios que al fin
me libro de mi enemigo!) (Váse.)

ESCENA XX.

MIGUEL, solo.

Pues señor... confieso y digo
que me asustó Serafin. (Escribe.)
(Representa.)
No es que á mí el temor me embarga
pensando que mi mujer
faltar puede á su deber...
pero... el diablo las carga.
Sí, bien pensado, hoy emigro;
pues el refran, con razon
dice... quita la ocasion
y quitarás el peligro. (Escribe.)
De este viaje repentino
las causas y las razones
le digo en cuatro renglones;
este es el mejor camino.

ESCENA XXI.

MIGUEL, MERCEDES.

MERC. Toma. (Dándole un billete del Banco.)
¿Y la carta?

MIGUEL. Está escrita.
Mira...
(Se la enseña y Mercedes la recorre con la vista.)

MERC. ¡Muy bien!

MIGUEL. Falta ahora
que nombres embajadora.

MERC. Embajadora... ¿Agapita? (Llamando.)

ESCENA XXII.

MERCEDES, MIGUEL, AGAPITA, por el foro.

MERC. Á don Serafin darás
esta carta en cuanto venga,
diciéndole que la tenga
como en despedida... ¿Estás?
AGAP. ¡Como! (Asombrada.)
MERC. Tú le has de decir
que de la córte nos fuimos,
y que en el alma sentimos
no podernos despedir.
AGAP. ¡Ah!...
MERC. Que fué cosa impensada,
como la carta lo explica.
AGAP. ¡Ah!...
MERC. ¡Está tonta esta chica!...
AGAP. Tonta no... ¡pero asombrada!...
(¿Qué es esto? ¡yo me hago un lio!...)
(Llaman á la puerta de la calle.)
MERC. Llaman.
MIGUEL. Abre... y cumple fiel.
(Váse Agapita.)
MERC. Ocultémonos, que es él.
MIGUEL. Tú á tu cuarto; yo al mio.
(Miguel y Mercedes se ocultan en sus respectivas habitaciones. Serafin y Agapita aparecen por el foro: Serafin lleva un sombrero puesto y otro en la mano.)

ESCENA XXIII.

SERAFIN, AGAPITA.

SERAFIN. (Entrando.)
Ya tienes aqui el sombrero...
¿Y el señorito?
AGAP. Se fué...
y me ha dado para usté
esta carta...
SERAFIN. Á ver.

(La abre y halla el billete del banco)
(¡Dinero!) (Lee.)
(Representando.)
Vamos, ahora ya me explico
un viaje tan de repente.
¡Cá! si es un inconveniente
muchas veces el ser rico.
Más no se puede pedir:
él vá á pasar una vida
solitaria y aburrida
y no me quiere aburrir.
¡Qué buen amigo es Miguel!
Yo de buena gana iria
y alegre compartiria
su aburrimiento con él.
¡Mil reales!... ¡qué amigo!... si
es mas bueno y precavido!
ni siquiera echó en olvido...

AGAP. (Pues señor, ¿qué pasa aqui?)

SERAFIN. ¡Es un amigo sin tacha!...
Ea, el saco recojamos,
ya que de casa mudamos.
(Coge el saco que debe haberse quedado sobre una silla, y repara en Agapita.)
Aqui está. ¡Con Dios, muchacha!
Dame esa mano, mujer...
y no estés tan afligida.

AGAP. ¿Pero se vá usted?

SERAFIN. Descuida.

AGAP. ¿Cómo?

SERAFIN. Ya te vendré á ver.
(Váse por el foro. Agapita se queda sobre el dintel como mirándole salir. En este momento se abren las puertas laterales, y asoman la cabeza D. Miguel y Doña Mercedes.)

ESCENA XXIV.

AGAPITA, MIGUEL, MERCEDES.

AGAP. ¡Se marcha!... ¿Pero por qué?
¡No me hace gracia maldita!

MIGUEL. ¡Pischt! ¿Agapita? (Desde la puerta.)
MERC. (Desde la puerta.) ¿Agapita?
MIGUEL. ¿Se fué?
MERC. ¿Se fué?
AGAP. (Dando un suspiro.)
¡Ya se fué!
(Mercedes y Miguel salen á la escena. Agapita en mitad del foro.)
MERC. ¡Qué tres meses tan dichosos
pasar contigo confio!
MIGUEL. Un abrazo, y al avio... (Se abrazan.)
AGAP. ¡Puf! ¡Casados mas babosos!...
(Dá una vuelta rápida y desaparece por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un jardin cerrado al fondo por una verja. Á derecha é izquierda del foro se verán algunos cuadros de flores, fresas, hortaliza, etc., etc.—En los primeros términos de la izquierda un grupo de árboles frutales. Suspendida de dos de estos árboles se halla una *hamaca*. Sillas rústicas; un cenador, dentro del que debe haber un sofá: toda la parte lateral de la derecha figurá ser la fachada de una casita recien construida.

ESCENA PRIMERA.

ROMUALDO aparece junto á un cuadro de hortaliza, en actitud reflexiva, contemplando las legumbres.

¡Qué provechosa es en mayo
una lluvia si es moral!...
¡Gloria de Dios!... media cuarta
crecieron de ayer acá
estas legumbres... Me embobo
mirándolas progresar...
¡Qué orgullosas y qué ufanas
y qué esponjadas estan!
(Romualdo sigue contemplando las legumbres. Serafin aparece á la otra parte de la verja.)

ESCENA III.

SERAFIN, solo.

Este es el bruto mas bruto
de toda la humanidad.
¡Pobre Miguel! Si tus cuentas
vinistes aquí á arreglar
con socios tan ilustrados
como ese imbécil patan,
de seguro que el negocio
te cuesta una enfermedad.
Y esto es bonito; me gusta:
(Serafin reconoce la escena, procurando no ver la hamaca.)
se puede muy bien pasar
tres dias sin aburrirse.
¡Qué tranquilidad, qué paz!
¡Cuánto verde!... Cuando digo
que no me parece mal...
Esto me recuerda América;
no me faltaba aquí mas
que una hamaca, una mulata
y una pipa de coñac.
Las mulatas... ¡qué recuerdos!
Es un género especial
la mulata... aquí no tiene
mucha popularidad.
(Saca un cigarro y lo enciende.)
Fumemos... Este cigarro
debe tener alquitran
en las tripas... Cómo huele...
ya me canso de chupar.
Cuando me fumo un tabaco
de primera calidad,
recuerdo aquel Sancho Mundo,
aquel marinero audaz
que fué el primer fumador
europeo. No arderás...
¡Hola! ¡qué veo! ¡una hamaca!

Si esto no es providencial...
(Sentándose en la hamaca.)
Me tiendo en ella, que asi
hace mejor esperar.
¡Pobre Miguel! de seguro
que tiene unas ganas ya
de echarme la vista encima...
Si me quiere es natural...
Y yo le hago falta... claro,
pero él no quiere abusar
de mí... y no se ha atrevido
á decirme... ven allá.
Voy á aburrir ocho dias
mientras se recoge tal
ó cual cosecha... ¡Bah! siempre
el mismo, tan bueno y tan...
En cuanto venga y me encuentre,
el pobre se va á alegrar:
en fin, gracias al portero,
que me dijo de pe á pa
las señas de esta alqueria,
si no, vaya usté á encontrar...
¡Qué bien se halla un individuo
tomando la horizontal!
(Se tiende en la hamaca.)
Hay en esta posicion
cierta voluptuosidad
que me encanta... La pereza...
sublime... bello ideal
de los hombres de talento.
¡Como un servidor de... aaah!
(Se queda dormido.)

ESCENA IV.

SERAFIN, dormido, AGAPITA y ROMUALDO, saliendo de la quinta.

AGAP. ¿Dice usted que un caballero
ha venido á preguntar?
ROM. Si.
AGAP. ¿Dónde está?
ROM. (Dando una vuelta alrededor de Agapita.)

En dónde... eso
digo yo, que en dónde está.

AGAP. Vamos, usted ve visiones,
señor Romualdo.

ROM. No tal.

AGAP. ¿Qué señas tiene?...

ROM. ¿Qué señas...
es un hombre irregular
ni muy grande, ni muy chico...
tiene el pelo natural,
y la cara... y la nariz...
son asi...

AGAP. No digas mas.
Esas señas son mortales.

ROM. ¿Le ha conocido usted ya?

AGAP. Vaya usté á paseo.

ROM. ¡Cómo!

AGAP. ¡Eh! déjeme usted en paz.

ROM. Vaya, usté gruñe por todo,
por fuerza tiene algun mal.

AGAP. Yo estoy sana... ¿entiende usted?
Este paleto es capaz...
(Se oyen por el foro las voces de Mercedes y Miguel qne cantan. Poco despues aparecen en la puerta del foro cogidos del brazo. Mercedes lleva una sombrilla abierta, Miguel una caña de pescar, una chistera y dos sillas de tijera, etc. etc.)

ROM. Ahí estan los señoritos... (Se dirige al foro.)

AGAP. Sí, ya los oigo cantar...

ESCENA V.

DICHOS. MERCEDES y MIGUEL, entran por el foro muy alegres talareando lo que tengan por conveniente y sin soltarse del brazo hasta llegar al proscenio.

MIGUEL. (Pasando por el lado de Romualdo.)
¡Adios, Romualdo!
(Miguel comienza á quitarse los arreos de pescador, ayudado por Mercedes.)

ROM. ¡Qué guapos
y qué felices! me dan

envidia!... ¿Se pescó mucho?

MIGUEL. Mucho... Te vas á asombrar...
ocho anguilas y tres barbos.

ROM. ¡Caramba!... ¿y quién pescó mas,
usted ó la señorita?

MERC. Los dos pescamos igual,
porque aunque él tiene la caña,
cuando pican, á la par
tiramos del aparejo...

AGAP. (No vi un matrimonio mas
tonto, ni mas baboso.
¡Ay! aqui voy á enfermar...)

MERC. Dime, Agapita... ¿y los niños.?

AGAP. Los niños adentro estan
estudiando.

MERC. Miguelito...
¿tienes ganas de almorzar?

MIGUEL. Muchísimas...

MERC. ¿Dónde quieres
que almorcemos?

MIGUEL. Me es igual.

MERC. Entonces al aire libre...
Agapita, vé á sacar
el almuerzo, y á los niños
que salgan, pues ya tendrán
un apetito los pobres...

AGAP. ¡Qué, si han almorzado ya!

MERC. ¡Muy mal hecho!...

AGAP. Lo pidieron
y yo accedí...

MERC. Hiciste mal.
Quiero verles en la mesa
á mi lado.

AGAP. Bien está.
¿Pero les digo que salgan?

MERC. Dos veces no han de almorzar:
que estudien. (Váse Agapita.)
Y tú, Romualdo,
arrima junto al parral
ese velador.

(Miguel habrá estado durante estos cuatro versos ocupado en ver la pesca, en este momento saca un

barbo de la chistera y le enseña.)

MIGUEL. ¡Qué barbo
tan soberbio!... á que no hay
tres como él en todo el rio...

ROM. ¡Gloria de Dios, qué animal!

MIGUEL. Este es para tí enterito, (Á Mercedes.)
mas lo has de condimentar
como yo te diga...

MERC. Bueno,
como tú quieras se hará.

MIGUEL. Pues mira le haces tres rajas
y le echas limon y sal,
y despues á las parrillas:
y ya verás ya verás
qué rica.

ROM. ¡Gloria de Dios,
quién la pudiera pillar
con un azumbre de vino
y media hogaza de pan!

ESCENA VI.

DICHOS, AGAPITA con una bandeja en la cual trae el almuerzo. AGAPITA y ROMUALDO ponen la mesa, MERCEDES y MIGUEL junto á los aparejos de pescar.

AGAP. Ayúdeme usté. (Á Romualdo.)

ROM. Al momento,
que el trabajo no me asusta.

MERC. Escucha, Miguel, ¿te gusta
esta vida, estás contento?

MIGUEL. Aquí en el campo disfruto
de un bienestar tan perenne,
que un dia para mí tiene
la duracion de un minuto.

MERC. ¿Y no es algo exagerado
lo que acabas de decir?

MIGUEL. Yo no me puedo aburrir
teniéndote á tí á mi lado.

(Mercedes estrecha la mano de Miguel. Agapita lo ve y tira del mantel. Romualdo la mira asombrado.)

AGAP. (Ya empiezan: de buena gana

me iria.)

MERC. Gracias, Miguel.

AGAP. (¡Jesus!) (Tirando con violencia del mantel.)

ROM. Que... pobre mantel.
(Esta chica no está sana.)

AGAP. Cuando ustedes manden.

MERC. Puedes
sacar el almuerzo. (Váse Agapita.)

AGAP. Voy.

MERC. Di, Miguel: ¿qué haremos hoy?

MIGUEL. Lo que tú quieras, Mercedes.

MERC. Pues esta tarde á coger
tórtolas en la enramada.

MIGUEL. La partida está aceptada.

ROM. (¡Qué marido... y qué mujer!)

MERC. Y ahora, si quieres, cojamos
fresas para el desayuno...

MIGUEL. Me asocio, que es oportuno
el pensamiento.

MERC. (Cogiendo dos platos, uno de los cuales presenta á su marido.) Si, vamos.

(Mercedes y Miguel entran en el pequeño fresar, que debe hallarse á un extremo del teatro ó en el sitio que tenga por conveniente el director para el buen efecto de la escena. Romualdo mientras los dos esposos cogen las fresas, se queda en actitud contemplativa delante de un cuadrito de legumbres, entre el que descuellan algunas coles.)

MERC. Mira, Miguel... ¡qué hermosura!

MIGUEL. Podemos llenar los dos
platos.

MERC. Si.

ROM. ¡Gloria de Dios!
¡qué cosas cria natura!
En toa la banda del rio
no hay coles mas orgullosas,
mas tiernas, ni mas gustosas
que las coles que yo crio.

SERAFIN. (Despertando y sentándose en la hamaca.)
(Pues me he dormido y me alegro;
que me hacia falta... aah! (Bostezando.)

MERC. (Desde el fresar cantando.)

«Por una niña
»americana,
»tan retrechera
»como eres tú...»
¡Cuántas hay!

SERAFIN. ¿Quién cantará
entre mi mujer y el negro?

MIGUEL. (Cantando.)
«Todo mi cuerpo
»se deshilbana,
»y me retoza
»la juventud.»

(Serafin, que durante la última estrofa ha buscado con la vista á los cantores, se baja de la hamaca, apoya los pies en el suelo, empuja el cuerpo y comienza á mecerse en la hamaca, cantando con la misma entonacion que los anteriores.)

SERAFIN. (Cantando.)
«¡Jesú, Jesú!
»¡Jesú, Jesú!
»y me retoza
»la juventud.»

(Serafin sigue meciéndose en la hamaca. Mercedes, Miguel y Romualdo se quedan inmóviles contemplándole. Serafin se rie del asombro que manifiestan. Agapita, que sale de la casa con el almuerzo, detiene el paso viendo á Serafin. Romualdo le mira con asombro, Serafin sigue meciéndose. Se recomienda á los directores de escena esta situacion.)

ESCENA VII.

MERCEDES, MIGUEL, SERAFIN, ROMUALDO y AGAPITA.

MERC. (¡Jesus!)

AGAP. (¡Es él!)

MIGUEL. (¡Suerte ruin,
que á este enemigo me envias!)

SERAFIN. Señores, muy buenos dias.
(Desde la hamaca.)

MERC. ¡Calle, pues si es Serafin!...

SERAFIN. El mismo, doña Mercedes.

(Bajando á la escena.)
Yo, que en la córte he sabido
se aburrian, y he venido
á aburrirme con ustedes.

MERC. Gracias...

MIGUEL. (¡Ay! me desconcierta
su audacia!)

AGAP. (¡Qué gusto! es él!)

SERAFIN. ¿Sabes, querido Miguel,
que es muy bonita esta huerta?
Ya te costaria un pico
regular; es una alhaja.

MIGUEL. No, la compré con ventaja.

SERAFIN. Vamos, si, gangas de rico.

MIGUEL. ¿Mas cómo tú aqui?

SERAFIN. Pischt, viendo
que se pasaban los dias
y que á Madrid no volvias,
dije: se estará aburriendo.
¡Y yo, que soy tan su amigo,
me estoy tan tranquilo aqui!
tomé la maleta, y...
vengo á aburrirme contigo,
pues no quiero en las desgracias
de la amistad separarme.

MIGUEL. (¿Á que viene á fastidiarme,
y habré de darle las gracias?)

MERC. Eso es noble, y sobre todo,
le honra á usted á la verdad.

SERAFIN. Señora, por la amistad,
yo lo sacrifico todo.
Conque Miguel, ¡alegria!
ya me tienes á tu lado.
¡Qué diantre! soy abogado...

AGAP. El desayuno se enfria.

SERAFIN. ¿Se enfria?... pues á almorzar.

[redacted]. Muchacha, saca un cubierto.
(Váse Agapita.)

Mig.l (Apenas arriba al puerto,
ya empieza á mangonear.)

MERC. ¡Á la mesa! (Sentándose.)

SERAFIN. Me acomodo,

y voy á ocupar mi puesto.
¡Qué diablos! alegra el gesto,
ya lo arreglaremos todo!
(Sale Agapita con el cubierto.)

MIGUEL. Eso es, pero... (Mercedes sirve los platos.)

SERAFIN. ¡No que no!
para eso no hay quien me iguale:
no sabes tú lo que vale
un legista como yo!
Les armaré un caramillo
que á tí te saque del paso.
¡Bebe, hombre! y acerca el vaso.
¡Es bueno este solomillo!

MERC. Serafin tiene razon.

SERAFIN. Prometo sacarte ileso:
hoy les promuevo un proceso:
pido el auto de prision
contra el vil que asi atropella
tu derecho, y no repara...
¡Pero no hagas mala cara,
y trae aqui esa botella! (Bebe.)

MIGUEL. (Este hombre me martiriza
mucho mas que un sinapismo.)

ROM. (¡Gloria de Dios! ¡yo me abismo
contemplando esta hortaliza!)
(Contemplando las coles.)

AGAP. (¡Ingrato, ni se ha dignado
echar un ojo hácia mí!)

SERAFIN. Yo no quiero verte asi;
¿soy, ó no soy abogado?
Que aunque há tiempo no practico,
soy un lince en la materia;
si no, dígalo Quiteria,
la viuda...

MERC. ¡Ejem!

SERAFIN. (¡Cierro el pico!
Por poco espeto una historia...
prohibida!)

MIGUEL. (¡Yo estoy en brasas!)

MERC. ¿Le gustan á usted las pasas?
son buenas y dan memoria.
(Presentándole un plato.)

SERAFIN. ¡Pasas!... ¿son buenas? á ver.
(¡Si no me llega á advertir!...)
MIGUEL. (¿Qué habrá querido decir
con las pasas mi mujer?)
ROM. ¡Gloria de Dios! ¡y qué bando
de tórtolas! (Mirando al cielo.)
SERAFIN. ¿Dónde estan?
(Levantándose de la mesa y acercándose á Romualdo.)
ROM. Mírelas usté, allí van.
SERAFIN. Si, ya las veo bajando
hácia el rio.
ROM. Si, señor:
porque á esta hora les aprieta
la sed.
SERAFIN. (Á Miguel.) ¿Tendrás escopeta?
MERC. Si este es lo mas cazador...
SERAFIN. ¿Si?... pues sácala, Agapita.
(Váse Agapita. Serafin vuelve al sitio en donde se encuentra Romualdo, y finge mirar la direccion que toman las tórtolas, Romualdo, cada vez que mueve un pie Serafin, le aparta con cuidado temeroso de que le estropee alguna planta. Queda á cargo de los actores.)
ROM. ¡Cuidado con esa planta!...
MIGUEL. (Ahora vá allá, las espanta,
y la diversion nos quita.)
MERC. Deja que vaya á cazar. (Á Miguel.)
MIGUEL. Mas... (Habla con Mercedes.)
SERAFIN. No veo con el sol...
(Haciendo puntillas, y colocándose la mano encima de los ojos.)
ROM. Cuidado con esa col,
(Haciéndole variar de sitio.)
que la vá usté á espachurrar.
SERAFIN. Este hombre con su hortaliza,
no deja que mueva un pié.
ROM. ¡Que vuelven!
SERAFIN. ¡Agáchate!
(Agachándose y obligando á Romualdo á que haga lo mismo.)
¡Ahora si que haria riza!
(Haciendo ademan de apuntar con la escopeta.)

ROM. ¡Ya se han parado en el rio!
SERAFIN. ¡Agapita! (Alzando la voz.)
MERC. Dí, Miguel,
¿no te hace gracia?
MIGUEL. ¿Quién?... ¿él?
mucha... pero no me rio.
MERC. Confiesa que no te agrada
tenerle á tu lado.
MIGUEL. Es que...
(Sale Agapita con la escopeta y los avios de cazar.)
AGAP. Don Serafin, tome usté.
MIGUEL. (Á Serafin.)
¡Cuidado, que está cargada!
SERAFIN. ¡Hombre! piensas que no miro
lo que...
ROM. Otras por detras.
(Serafin apunta con la escopeta. Mercedes se refugia detras de su marido.)
MERC. (¡No nos faltaba ahora mas
que este nos pegara un tiro!)
SERAFIN. Se paran... me acercaré
hácia allá, poco á poquito.
(Serafin anda en cuclillas como el cazador que se oculta de la pieza que persigue. En esta marcha pisa sin mirar las coles y las demas plantas del cuadro de hortaliza del foro. Romualdo hace gestos de dolor y le sigue apretándose la cabeza con las manos, y diciendo con acento afligido.)
ROM. ¡Señorito, señorito!
que nos espachurra usté.
(Vánse los dos por el foro.)

ESCENA VIII.

MERCEDES, riendo, MIGUEL, paseándose, AGAPITA, quitando la mesa.

MIGUEL. ¡Este hombre es un cataclismo!
¡es una calamidad!
¿Y te ries?
MERC. ¡Si, en verdad!
¿Por qué no haces tú lo mismo?

MIGUEL. Pero mujer, ese amigo,
mi plan viene á destruir;
yo he venido aqui á vivir
solo... solito... contigo.
Que él necesite dinero,
y me lo pida?... Corriente;
pero es un inconveniente
para mi plan un tercero;
siendo él testigo de vista,
ya puedes adivinar
que pues... (Agapita se vá por la casa.)
MERC. Veo con pesar,
que te vuelves egoista.
MIGUEL. Egoista de tu amor,
y eso es fuerza que te importe.
¿Cómo te hago yo la córte
teniendo un espectador?
Porque yo apuesto una oreja
que mientras aqui estuviere
él, á nosotros se adhiere
como á la roca la almeja.
MERC. Que él aqui se presentó
tú debes tener en cuenta.
MIGUEL. ¿Qué hacer cuando él se presenta?
MERC. Eso es lo que digo yo.
Pues no es obrar con prudencia
decirle ya que ha venido:
«Caballero, á mi marido
le importuna su presencia:
y pues usted de su agrado
no es, segun imagino,
emprenda usted el camino
y desande lo que ha andado.
Dirá usted, y con razon,
que ha venido á esta alqueria,
creyéndose que tenia
su dueño buen corazon.
Que fiando en su amistad,
llegó sin temer agravios,
con la sonrisa en los labios
pidiendo hospitalidad;
pero al verse asi arrojado,

sale usted de ella afligido,
con el rostro enrojecido
y el corazon lastimado.»
Y con razon que le sobre,
al ver que aquí le sonrojan,
que le insultan, que le arrojan
de esta casa porque es pobre,
dirá tal vez, sin pensar
que yo en nada me he mezclado,
que desde que te has casado
no te se puede tratar.
Que soy una intolerante,
que te he metido en un puño,
que de todo rabio y gruño,
que no hay nadie que me aguante.
Y mientras que yo inocente
me doblego á tus deseos,
en teatros, en paseos
dirá muy bajo la gente:
«¿Veis aquella que ahora pasa?
Es mas mala que la peste:
con su carácter agreste
torna en infierno su casa
y martiriza á su esposo.»
Y esto, al fin, si sucediera,
para nosotros no fuera,
querido Miguel, honroso.

MIGUEL. (Vamos, estoy convencido
que en el mundo la mujer
nunca debiera tener
mas talento que el marido.)
Mercedes, ¿qué me aconsejas?
no quiero reñir contigo.
¿Me librarás de ese amigo?

MERC. Si, si á mi cargo lo dejas.

MIGUEL. ¿Mas cuándo?

MERC. Paciencia ten,
que á amigos cual Monterroso,
sin un medio decoroso
no se les despide.

MIGUEL. Bien;
pero ten de mí piedad.

MERC. Ya buscaré la ocasion.

(En este momento se oye una detonacion de una arma de fuego, é inmediatamente el gemido de un perro. Mercedes y Miguel se miran despues de hacer un movimiento de sorpresa.)

MIGUEL. ¡Apuesto un napoleon
que hizo una barbaridad!

MERC. ¿Has oido?

MIGUEL. Si... y calculo
lo que debe haber pasado.

MERC. Vé á ver...

MIGUEL. No, pues si ha matado
á mi perro, le estrangulo.

ESCENA IX.

MERCÈDES, MIGUEL, ROMUALDO por el foro, gimoteando.

ROM. ¡Ese hombre es un inhumano!

MIGUEL. ¿No dije?...

ROM. Todo lo agosta;
es peor que la langosta,
peor que el aire solano.
Dos disgustos á mi ver,
tuve, que en memoria guarde;
hoy uno y otro la tarde
que se murió mi mujer.

MIGUEL. Pero dí...

ROM. ¡Y juro por Dios
que me hallo tan afligido,
que ahora ignoro cuál ha sido
el mas gordo de los dos!
¡No dejó ni una alcachofa!...

MIGUEL. ¡Calla! (Con impaciencia.)

ROM. ¡Deje usté que grite! (Alzando la voz.)
¡No sé como Dios permite
señoritos de esa estofa!

MIGUEL. ¡Vete! ¡tu acento desgarra
mis oidos!...

ROM. ¡Me echa el toro!
Me voy, porque si no lloro
reviento cual la cigarra! (Váse llorando.)

ESCENA X.

MERCEDES, MIGUEL, á poco SERAFIN por el foro sin escopeta.

MIGUEL. ¡Con sus gritos ese imbécil
me aturdió!
MERC. ¡Pobre Romualdo!...
¡Es tan sencillo!...
MIGUEL. Se pasa
de sencillo... ¡mentecato!
las palabras de su cuerpo
no se sacan ni con gancho,
pero en tratando de berzas...
SERAFIN. ¡Hosanna!... ¡Regocijaos! (Desde el foro.)
¡Gran cacería, Miguel! (Entra en escena.)
¡Soy un Nembrot!... ¡me he portado!
MERC. (¡Prudencia!)
MIGUEL. ¡Si ya la tengo!
SERAFIN. ¡Oye y tiembla! ¡Allá vá el caso!
(Con cierta gravedad cómica.)
Figúrate que una tórtola
viene y se para en un árbol,
yo la veo... y convirtiendo
mi cuerpo en un garabato,
comienzo á andar en cuclillas
con la escopeta encarado.
Pero antes de hallarse á tiro,
de las ramas, vuela á un campo
de algarrobos: yo prosigo
mi difícil marcha impávido,
con el dedo en el gatillo
y el ojo izquierdo cerrado.
Se para junto á unas matas,
mido el terreno, y me paro:
apunto... meneo el índice,
y ¡paf! cae el pie de gato
sobre el piston, y los plomos
el cañon desalojando,
salen despidiendo chispas
por la pólvora impulsados.
Corro al sitio... pero ¡oh cielos!

la tórtola en vuelo raudo
arranca de entre las matas
y se mece en el espacio,
haciendo, ¡cuch... curruch! que
traducido al castellano
quiere decir: «compañero,
por esta vez me has errado.»

MERC. De manera que la tórtola
se fué.

SERAFIN. ¡Vaya! pero en cambio
un perro pachon, yacia
á mis pies ensangrentado,
diciendo con sus aullidos
feroces: «¡bárbaro! ¡bárbaro!»
Absorto y frio, mi víctima
contemplaba con espanto,
cuando sobre mi hombro derecho
cayó una pesada mano,
y oigo una voz cavernosa
que con acento pausado
me dice: «el que rompe, paga;
conque afloje usted los cuartos.»
Vuelvo la cara, y me veo
junto á mí un guarda de campo.
Apenas miré su faz,
me dije á mí mismo: ¡malo!
porque era chato, y á mí
no me vá bien con los chatos.
—¿Conque era de usté el perrito?
le dije.—¡Yo soy su amo!
me contestó.—¿Y cuánto vale
el animal?—Mal pagado,
veinte duros.

MIGUEL. ¡Veinte duros!...

MERC. ¡Veinte duros!—No es barato.

SERAFIN. Eso dije yo; pero él
me dijo que en todo el rádio
no habia perro mas fino,
que cazaba á doce pasos,
y que tenia unos vientos
que á una legua olia el rastro
de las perdices; que nunca

le habia visto cansado,
y que era en el monte un lince,
y que era en el agua un pato.
¡Y todo esto lo decia
echándome unos ojazos!

MIGUEL. ¿Pero en qué paró el asunto?

SERAFIN. Paró en que al meter la mano
en el bolsillo y hallarme
sin dinero...

MIGUEL. (Estoy sudando.)

SERAFIN. Él conoció la escasez
de mis fondos, y echó un taco
diciendo: «Caballerito,
sepa usted que Antonio el Chato
tiene malas pulgas!... Conque
en casa el alcalde aguardo.»

MIGUEL. En resúmen, ¿mi escopeta
se la quedó el guarda?

SERAFIN. Es claro.

MIGUEL. ¡Pues yo digo que es muy turbio!
(Dominando su mal humor.)

SERAFIN. ¿Por qué?

MIGUEL. Porque era un regalo
del ministro.

SERAFIN. (Con naturalidad.) En cuanto vayas
te la dará.

MIGUEL. Si, ya estamos.
¡Adios!... (Esto me faltaba.)

SERAFIN. Oye, Miguel, ¿te acompaño?

MIGUEL. No es menester. (Dirigiéndose al foro.)

SERAFIN. Como quieras.

MIGUEL. (¡Uf! ¡si no me voy estallo))
(Váse, Serafin le acompaña hasta el foro.)

ESCENA XI.

MERCEDES, SERAFIN.

MERC. Está visto, no consigo
mi intento; lo sufre todo,
pero yo encontraré el modo
de librarle de su amigo.

Si, si; es preciso escribir
á Madrid, que es lo primero
verle tranquilo; no quiero,
no quiero verle sufrir.

SERAFIN. (Bajando al proscenio.)
¡Qué marido tiene usted
tan franco, tan complaciente,
tan amable, tan corriente!...

MERC. ¿Verdad que si?

SERAFIN. Ya se vé.
Mil muestras de su bondad
tengo, y pruebo con testigos
que es el rey de los amigos,
el mito de la amistad.

MERC. Es decir que si Miguel
á usted recurriera un dia...

SERAFIN. Señora, yo perderia
la vida á gusto por él.

MERC. Gracias.

SERAFIN. En tiempos fatales
me prestó algun beneficio,
y es la ingratitud el vicio
mas feo de los mortales.
Úlcera que al hombre impio
vá royendo el corazon,
y que no daré ocasion
á que se cebe en el mio.

MERC. (Si, es preciso, es necesario
tornar la paz á mi casa.) (Cambiando de tono.)
¿No cree usted que algo le pasa
á Miguel de extraordinario?

SERAFIN. Le encuentro muy distraido.

MERC. Él tiene algo.

SERAFIN. Puede ser.
Y usted, ¿no llegó á saber
ese algo de su marido?

MERC. No, en verdad; y sabe Dios
que yo con afan lo tomo...
Si usted me ayudara...

SERAFIN. ¿Cómo?

MERC. Mas ven cuatro ojos que dos.

SERAFIN. Cierto.

MERC. Usted es su amigo,
y aunque él es muy bueno, sé
que ha de tener con usté
mas franqueza que conmigo.
Pregunte, busque usté el medio,
y á su buena amistad apele,
hasta que al fin le revele
el motivo de su tédio.
SERAFIN. Lo haré.
MERC. Tal vez usté alcance
mas que yo.
SERAFIN. Lo probaremos.
MERC. Á ver si por fin podemos
saber...
SERAFIN. Le daré un avance
en cuanto aparezca aqui:
se hará como usted lo pide.
MERC. (Si ahora no le despide,
entonces me toca á mí.)
SERAFIN. Es decir, nuestro interés
se basa desde este dia
en tornarle la alegria
á Miguelito.
MERC. Eso es;
y si usted de su disgusto
sabe el orígen primero
que yo, que me diga espero
toda la verdad.
SERAFIN. Es justo.
Le diré á usted francamente,
esto hay, y por este medio
se puede poner remedio
á su malestar.
MERC. Corriente.
De modo que desde ahora
nuestras miras se dirigen
á descubrir el origen
de sus penas.
SERAFIN. Si, señora;
yo averiguar le prometo,
y le diré, si adivino...
MERC. Gracias. (Ya estoy en camino

para llegar á mi objeto.)

ESCENA XII.

DICHOS, ROMUALDO.

ROM. Señora, los señoritos
la llaman á usted.
MERC. Voy pues.
Serafin, hasta despues. (Váse.)

ESCENA XIII.

SERAFIN, ROMUALDO.

ROM. ¡Pobres coles!... (Contemplando las legumbres.)
vuestros gritos
me llegan aqui, (Señalando el corazon.)
y me duelo...
No quiero que asi te quedes,
pobre col.
(Romualdo se entretiene arreglando la hortaliza.)
SERAFIN. (Como hablando consigo mismo.)
Vamos, Mercedes
es una mujer modelo.
(Repara en Romualdo y se acerca hácia él.)
¿Y cómo vá esa hortaliza?
ROM. Muy mal.
SERAFIN. ¿Mal? Pues yo no veo..
ROM. (¿Pues no me aprieta el deseo
de pegarle una paliza?
Y lo que es yo soy muy bruto,
y si me empeño lo hago.)
SERAFIN. Antes te causé un estrago.
ROM. Me ha cubierto usted de luto;
pero lo tolera el amo
(Serafin comienza á coger flores y hace un ramo. Romualdo que lo vé, se acerca á él y le coge por un brazo.)
y yo callo, ¡ya se vé!...
Pero, señor, ¿qué hace usté?
SERAFIN. ¿Pues no lo ves? Hago un ramo.

ROM. No toque usted esàs flores,
y no tengamos disgustos,
porque despues pagan justos
la culpa de pecadores.

SERAFIN. La responsabilidad
échamela á mí... ¡la admito!

ROM. ¡Señorito!... ¡señorito!...
¡que haré una barbaridad!

SERAFIN. ¡Eh! basta.

ROM. ¡Que usted me pierde!

SERAFIN. Hombre, ¡qué te he de perder!

ROM. ¡Que me deja sin comer!

SERAFIN. ¿Sin comer? ¡Si hay tanto verde!

ROM. Ea, pues, que usted las goce:
cojo el hato y dejo el puesto,
que yo no cuido todo esto
para que usted lo destroce.

SERAFIN. ¿Conque te marchas?

ROM. ¡Cabal!
porque usté es la destruccion,
las plagas de Faraon,
el cólera, el...

SERAFIN. ¡Animal!
(Hace el ademan de darle un puntapié. Romualdo huye á tiempo que sale Agapita y le dá un fuerte pisoton.)

ROM. ¡Ay!

AGAP. ¡Jesus! (Cayendo arrodillada.)

ROM. Perdone usté,
que no habia reparado. (Váse.)

ESCENA XIV.

SERAFIN, AGAPITA.

AGAP. ¡Qué paleto! ¡me ha aplastado!

SERAFIN. ¿Cómo? (Acercándose á ella.)

AGAP. ¡Me ha deshecho un pie!

SERAFIN. ¿De veras?

AGAP. ¡Ni un aguador!...
(Prueba á levantarse y no puede. Serafin le ayuda.)
¡Uy! ¡uy! si no puedo andar.

SERAFIN. Si te quieres apoyar... (Ofreciéndole el brazo.)
AGAP. Gracias. (Cogiéndose.)
SERAFIN. Aqui, al cenador:
(La conduce al cenador.)
siéntate, y examinemos
ese desperfecto; á ver...
AGAP. ¡Ay!
SERAFIN. No te asustes, mujer;
si hay mal lo remediaremos.
AGAP. Pero...
SERAFIN. Tal vez con un baño
de árnica...
AGAP. ¡Yo estoy difunta!
(Mirándose la punta del pié.)
SERAFIN. Por la pinta de la punta
ya calculo yo el tamaño.
AGAP. ¡Favor!...
SERAFIN. Que no admito excusas:
tienes un pié homeopático,
distinguido, aristocrático.
¡Y calza botitas rusas!
(Con admiracion, viéndole la punta del pié.)
AGAP. Vamos, me causa rubor!...
¡Cállese usted, enemigo!
SERAFIN. Pues todo lo que te digo
yo lo siento en mi interior.
¡Te amo!
AGAP. ¿Por qué?
SERAFIN. Porque sí.
AGAP. ¿De veras?
SERAFIN. Y tan de veras.
Pero quiero que me quieras
como yo te quiero á tí.
AGAP. Como es usted tan jovial,
yo dudo...
SERAFIN. Pero, mujer,
díme, ¿qué tiene que ver
lo alegre con lo formal?
AGAP. ¡Señorito, usté es muy ducho!
yo...
SERAFIN. Mira, sin intencion
há rato mi corazon,

dice que le gustas mucho.
(Serafin se sienta al lado de Agapita y habla en voz baja. Miguel aparece por el foro con la escopeta.)

ESCENA XV.

SERAFIN, AGAPITA, en el cenador, MIGUEL por el foro.

MIGUEL. ¡Uf! ya por fin conseguí...
¡si de verla un pesar quita!
¡no veo á nadie! ¡Agapita!
(Alzando la voz.)
AGAP. ¡Ay! (Dando un grito.)
MIGUEL. ¿Qué? (Asombrado.)
AGAP. El señor...
(Mirando por entre las ramas del cenador.)
SERAFIN. (Deteniéndola.) ¡Quieta ahí!
MIGUEL. (¡Hablan en el cenador!...)
AGAP. ¡Que viene!
MIGUEL. ¿Quién podrá ser?
SERAFIN. ¡No temas!
MIGUEL. ¡Si mi mujer!...
(Andando de puntillas hácia el cenador.)
AGAP. ¡Que viene!
SERAFIN. ¡Espera, y valor!
(Serafin sale del cenador por la parte contraria á la que viene Miguel. Vá de puntillas, y en el momento en que Miguel vá á mirar lo que pasa en el cenador, Serafin le tapa los ojos con las manos. Agapita escapa por la parte contraria de la casa. Miguel lucha por desasirse, y en este momento sale Mercedes de la casa y se acerca á los dos.)

ESCENA XVI.

SERAFIN, MIGUEL, MERCEDES.

SERAFIN. ¿Quién soy?
MIGUEL. ¡Suelta! ¡me haces daño!
¡Hombre, me quieres hacer
el favor!...
(Le suelta. Miguel vé á Mercedes junto á Serafin, y

dice con asombro á media voz.)

(¡Ay, mi mujer!)

SERAFIN. ¡Já, já, já, já!

MIGUEL. (¡Esto es extraño!)

MERC. ¿Qué es eso?

MIGUEL. (¡El lance es chistoso!)

SERAFIN. (Debe usted ser la primera
en indagar.) (Como hablando con Mercedes.)

MIGUEL. (¡Bueno fuera
que mi amigo Monterroso!...)

MERC. (Á Serafin.)
(¿Usté opina que es mejor?...)

SERAFIN. (Hay mas franqueza entre ustedes.)
(Hablando en voz baja.)

MIGUEL. (¿Pero qué haria Mercedes
metida en el cenador?)

SERAFIN. Conque ea, al abordaje,
las cosas asi, en caliente.

MIGUEL. (¡Pero si ella es inocente,
mi sospecha es un ultraje!
¡Hablan en voz baja!... ¡mal!
¡y ella le pone buen gesto!...
¡y se rien... esto... esto
es grave, es trascendental!)

SERAFIN. (En descubrir está el quid.) (Á Mercedes.)

MIGUEL. (¡Oh, qué idea! Hoy mismo emigro;
que el peligro, si hay peligro,
no es tan peligro en Madrid.
Mal haya mi cortedad
y mi espíritu indeciso,
si... si... No hay mas, es preciso
obrar con actividad.)
¿Mercedes?

MERC. ¿Me llamas?

MIGUEL. Si.

MERC. Con permiso... (Á Serafin.)

SERAFIN. Usted lo tiene.

(Miguel conduce á Mercedes á un extremo del teatro. Serafin se sienta en la hamaca y se mece.)

MIGUEL. Mira, á mí no me conviene
permanecer mas aqui.

MERC. ¡Cómo!

MIGUEL. Cuando llegue el tren
me vuelvo á la córte.

MERC. Pero...

MIGUEL. Nada, Mercedes, no quiero
vivir en el campo.

MERC. ¡Bien!
pero el motivo...

MIGUEL. El motivo
es, que vine á divertirme,
y no hago mas que aburrirme,
y ni sosiego ni vivo.

SERAFIN. Veré de aqui la funcion,
(Meciéndose en la hamaca.)
que entre marido y mujer
nadie se puede meter.
(Sigue meciéndose.)

MERC. ¡Vamos, no tienes razon!

MIGUEL. Bien, bien, será lo que sea;
lo que á tí te dé la gana;
pero á mí, ese tarambana
con sus cosas, me marea.

MERC. Pues díle...

MIGUEL. Mi cortedad...

MERC. Ten valor.

MIGUEL. No es muy prudente
el romper tan de repente
con tan antigua amistad.

MERC. Pero, dime, ¿y Monterroso?

MIGUEL. Ese se queda en la quinta.

SERAFIN. Pues á juzgar por la pinta,
el debate es borrascoso.

MERC. No insisto mas.
(Hablan en alta voz, como si hubiera una cuestion acalorada.)

MIGUEL. Ahora mismo
todo obstáculo se quita:
verás. ¡Romualdo! ¡Agapita!
(Aqui estoy sobre un abismo.)

ESCENA XVII.

DICHOS, AGAPITA, ROMUALDO.

AGAB. ¡Señor!
SERAFIN. (¡Cuánta desazon
cuesta el negocio á los ricos!)
MIGUEL. Con los cofres y los chicos,
esperadme en la estacion.
SERAFIN. (¿Qué dice?) (Bajando de la hamaca.)
AGAP. ¿Pues qué, nos vamos?
MIGUEL. Si, no te detengas, anda.
AGAP. Pero...
MIGUEL. Pero... ¿aqui quién manda?
¿los criados ó los amos?
AGAP. (¡Esto está de mal talante!)
(Entra en la casa.)
ROM. (¡Qué mala cara hace el ama!) (Váse.)
SERAFIN. ¿Te vas? (Acercándose á Miguel.)
MERC. Madrid le reclama
(Viendo la incertidumbre de Miguel en contestar.)
para un asunto importante.
MIGUEL. ¡Verdad! (Con cierta vaguedad.)
MERC. Es un compromiso
que le roba del placer
del campo.
MIGUEL. ¡Si!
SERAFIN. (Ap. á Miguel.) ¿Y tu mujer,
se vá contigo?
MIGUEL. ¡Preciso!
Casualmente en ella estriba
este viaje.
SERAFIN. (¡Es singular!)
MIGUEL. Mas tú te puedes quedar
aqui, hasta que yo te escriba.
Romualdo te servirá
todo aquello que quisieras.
SERAFIN. Mas...
MIGUEL. Déjate de quimeras,
y quédate.
SERAFIN. Bien está.

(Miguel y Mercedes se dirigen hácia la casa por donde sale Romualdo, con un cofre al hombro y un saco de noche en la mano. Agapita con otro saco y con los niños de la mano. Serafin se queda algo apartado.)

Él oculta su emocion,
pero le pasa algo gordo;
y hacerse á su pena el sordo,
es tener mal corazon.

MIGUEL. ¿Ves como le he convencido? (Á Mercedes.)

MERC. Al parecer...

SERAFIN. ¿Hasta cuándo?

MIGUEL. Hasta muy pronto. Ea, andando.

SERAFIN. (¿Pero qué habrá sucedido?
En fin, seguiré el consejo.)

(Sale Romualdo por el foro.)

MIGUEL. Adios.

MERC. Vaya, adios.

MIGUEL. (Ya estamos
libres de él.)

MERC. ¿Vamos?

MIGUEL. Si, vamos.

(Todos salen por el foro, uno detras de otro. Serafin que se ha quedado pensativo, en mitad de la escena, coge el saco de noche y dice echando á correr por el foro.)

SERAFIN. Pues señor, yo no los dejo. (Váse.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, paseándose con impaciencia.

Pues señor, mucho me cuesta
refrenarme: yo le quiero,
él fué y es mi amigo; pero
lo que es ahora me molesta.
Si estos son principios fijos
y de variarlos no hay modo:
un casado es ante todo
de su mujer y sus hijos.
(Mira el reloj.)
Las tres y media—¡Dios santo!—
y aun no vino mi mujer.
¿Qué diablos tendrá que hacer
Mercedes que tarda tanto?
Á mí me duele en el alma
tener que decir:—«Querido,
lo he pensado y decidido:
aquella vida sin calma,
aquella vida azarosa
de aventuras y de orgías,
fué buena para otros dias;
hoy debe ser otra cosa.

Cuando por lo que yo pases
conocerás la verdad.
Ya desde hoy nuestra amistad
debe ajustarse á otras bases.
Un soltero cambia en cuanto
pasa á estado de marido...»
(Mira de nuevo el reloj.)
¿Pero dónde se ha metido
mi mujer que tarda tanto?
(Tira fuertemente del cordon de la campanilla.)
¡Agapita!

ESCENA II.

MIGUEL, AGAPITA.

AGAP. ¡Qué rumor
arma usted!
MIGUEL. Ven. ¿Te ha dejado
la señora algun recado
cuando salió?
AGAP. No, señor.
MIGUEL. Es raro. (Yo nunca salgo
de mis casillas, pero ahora...)
¿Y no ha vuelto la señora?...
AGAP. No, señor.
MIGUEL. (Aqui pasa algo.)
Almorzará, lo estoy viendo,
con su tio. ¡Qué capricho!
¿Al salir no te lo ha dicho?
AGAP. No, señor.
MIGUEL. (Pues no lo entiendo.)
Y dí, ¿no te dijo nada
don Serafin al marchar?
AGAP. No, señor.
MIGUEL. ¿Vino á almorzar?
AGAP. No, señor.
MIGUEL. ¡Eh! ¡qué pesada!
(Remedándola.)
No señor. Vaya un vocablo.
¿No sabes mas?
AGAP. Y otros mil...

MIGUEL. Pareces el albañil
de las *Memorias del Diablo*.
AGAP. Pero no sé otra manera
de decir que no,—¿está usté?—
y como...
MIGUEL. Bien, cállate.
(Ruido de un coche dentro. Se asoma Miguel al balcon.)
¿Quién será?
AGAP. Como usté quiera.
MIGUEL. Serafin... (Á Agapita.) oye.
AGAP. ¿Qué quiere?
MIGUEL. No digas que he preguntado
por él.
AGAP. Pierda usté cuidado.
MIGUEL. Que almuerce, ó si lo prefiere,
que aguarde: yo pronto salgo.
Y en cuanto la señorita
venga, avísame, Agapita.
(Pues señor, aqui pasa algo.) (Váse.)

ESCENA III.

AGAPITA, SERAFIN por el foro.

SERAFIN. En esta localidad
ya se habrá almorzado.
AGAP. Aun no;
pero si usted quiere, yo
dispondré...
SERAFIN. Tanta bondad...
Mas no, déjalo, hija mia;
esperaré, esperaré:
he tomado un tente en pié
en una pasteleria.
Dí, ¿hay ya aqui mejor humor
que allá en el pueblo?
AGAP. No tal.
SERAFIN. ¿Sigue el señor serio?
AGAP. Igual.
SERAFIN. ¿Mala marea?
AGAP. Ó peor.

SERAFIN. ¡Pobre Miguel! no te agolpes
así al azar, que es mal socio...
Le habrá fallado un negocio,
y él que no está hecho á los golpes...
¡Ah! ¡caramba! lo olvidé:
mañana es domingo; espero
lo tratado.

AGAP. Caballero,
¿y será capaz usté?...

SERAFIN. ¿De qué, de bailar?

AGAP. ¡Qué escucho!

SERAFIN. Contigo.

AGAP. ¡Vaya un capricho!

SERAFIN. Si en esto, ya te lo he dicho,
soy muy demócrata, mucho.

AGAP. ¡Qué cosas! ¡bailar conmigo
un señor como usted, tan
fino!... ¡Vaya! ¿qué dirán?

SERAFIN. Tambien tú eres fina, ¡digo!
Nada, desprecia el murmullo
de la envidia... Te repito
que...

AGAP. Ya veo, señorito,
que no tiene usted orgullo.

SERAFIN. ¡Bah! (Es que ni motivos tengo.)
Tú y yo hemos simpatizado;
y ademas tú ya has bailado
con gentes de alto abolengo.
Yo lo creo, de un marqués
á mí hay grande diferencia:
él tendrá usia, excelencia...
y yo ni aun pleitos, ya ves.

AGAP. Vamos, me convenzo al cabo.
Mañana, á las tres en punto,
vá usted y me espera junto
á la Cibeles. ¿Eh?

SERAFIN. ¡Bravo!

AGAP. Y de allí, juntos los dos,
vamos despues de un paseo,
á bailar al *Elíseo*
en paz y en gracia de Dios.

SERAFIN. No faltaré, encantadora

é interesante Agapita;
mas dáme una leccioncita
mientras que llega la hora.

AGAP. ¿Qué leccion?

SERAFIN. Nunca, en verdad,
fundé en el baile mi fama,
ni fuí en él lo que se llama
una notabilidad.
Y sobre esto—házme el favor,—
no bailo hace un siglo entero:
ve, pues, si tu caballero
puede hacerte mucho honor.

AGAP. Si apenas sé...

SERAFIN. Te repito...
siempre sabrás mas que yo.
Vamos. ¿No ves que si no,
tonta, te desacredito?
Conque di, ¿consientes?

AGAP. ¡Toma!
pide usted de una manera
las cosas... Como usted quiera.
¿Qué baile? (Se ponen en actitud de bailar.)

ESCENA IV.

DICHOS, MIGUEL, saliendo de su gabinete.

MIGUEL. ¡Siga la broma!
Aunque es tan estrecho el lazo
no se ahogaba usted en él.

AGAP. Poco á poco, don Miguel;
es que esto no es un abrazo.

MIGUEL. ¿Conque no lo es? Me destemplo
cuando oigo mentir asi.

AGAP. ¡Bien! y aunque asi fuera, aqui
me han dado ustedes ejemplo.

MIGUEL. Esto ya de broma pasa.
¡Insolente, salga usté
de aqui!

AGAP. Si, señor; me iré,
si usted quiere, hasta de casa.

MIGUEL. Vete.

AGAP. Sí, señor; que al fin,
si de su lado me arroja,
siempre habrá quien me recoja.
Conque... adios, don Serafin. (Váse.)

ESCENA V.

SERAFIN, MIGUEL.

SERAFIN. La chica tiene razon:
cuando tú llegaste aquí
me enseñaba un baile.

MIGUEL. ¿Sí?

SERAFIN. Créelo, me daba leccion.
Yo, que en esto no soy listo,
acepté; y por eso—es llano,—
la estaba echando la mano
al talle.

MIGUEL. Sí, ya lo he visto.

SERAFIN. Oye, ¿y me pones mal gesto?...

MIGUEL. ¡Hombre! ¿yo? ¡qué he de poner!

SERAFIN. Tú tienes algo que ver
con la doncella, ¿no es esto?
(Despues de mirarle con fijeza un instante.)

MIGUEL. ¡Serafin!

SERAFIN. No, séme franco:
si es así, fuera tontuna
ocultármelo.

MIGUEL. Vaya una
salida de pié de banco.

SERAFIN. Chico, me puedes hablar
claro de este asunto y otros;
si es que hay algo... entre nosotros
el onceno no estorbar.

MIGUEL. ¡Hombre, vaya una embajada!
¡Me habia de entretener
nada menos que en hacer
el amor á mi criada!

SERAFIN. ¡Bah! siempre esas tonterías
me he echado yo á las espaldas:
nada, en cuestiones de faldas,
chico, no hay categorías.

¿Quién en tal cosa repara?
Ellas no son como un hombre:
su categoria y nombre
y clase, estan en su cara.
La infeliz que hace un guisado,
en teniendo un regular
palmito, puede pasar
desde el fogon al estrado.

ESCENA VI.

DICHOS, MERCEDES, por el foro.

MIGUEL. (¡Ah! por fin...)
SERAFIN. Muy buenos dias.
MERC. Servidora. ¡Jesus! ¡vengo
(Quitándose la mantilla.)
rendida! Di, ¿has almorzado,
Miguel?
MIGUEL. No.
MERC. Pues muy mal hecho.
MIGUEL. Te esperábamos á tí.
SERÁFIN. Y es muy justo.
MERC. Pues lo siento.
¿Y usted, señor Monterroso,
está?...
SERAFIN. Yo tomé un refuerzo
en casa Lhardy.
MERC. Señores,
que me perdonen espero,
aunque, á decir la verdad,
toda la culpa no tengo;
porque al fin cuando se tiene
un tio ministro...
SERAFIN. El cielo
le conserve en la poltrona.
MERC. Gracias por el buen deseo.
Pues como decia, el tio
siempre que me vé, es tan bueno,
que no me dá su permiso
en tanto que no le entero
del estado de mi esposo

y de mis hijos; y luego,
¿quién las súplicas desoye
de un ministro?... ¿Verdad? (Á Serafin.)

SERAFIN. Cierto.

MERC. Puede enojarse y mandarnos
á Ultramar.

SERAFIN. Pues ya lo creo;
aunque América, señora,
para mí no es un destierro.

MERC. ¿Le gusta á usté el Nuevo Mundo?

SERAFIN. No hay tierra en el universo
comparable á las Antillas:
todo es allí grande, bello.
Si los cultos moradores
que pueblan el mundo viejo
secundaran mis ideas,
pensaran como yo pienso,
dentro de un mes, en Europa
no quedaba un europeo.

MERC. ¡Qué entusiasmo!

SERAFIN. Es un pais...
(Sigue hablando con Mercedes en voz baja.)

MIGUEL. (¡Pues aunque no hubieras vuelto!...)

SERAFIN. ¿Descubrió usted?... (Á Mercedes.)

MERC. (Ap. á Serafin.) Tengo un hilo.

MIGUEL. (¿Ya vuelven los cuchicheos?)

SERAFIN. Pues por el hilo se puede
(Siguen hablando aparte.)
sacar el ovillo entero.

MERC. De eso trato.

SERAFIN. Yo confio
que no olvide usté el convenio,
y si llega á descubrir...

MERC. Claro; y si usted...

SERAFIN. Yo prometo...

MIGUEL. (¡Pero qué tendrán que hablar!)
(Dando un puñetazo sobre la mesa.)

MERC. ¡Ay!... ¡pero Miguel!...

SERAFIN. ¿Qué es eso?

MIGUEL. Nada, que se me ha dormido
la mano.

MERC. ¿Sí?

MIGUEL. Y la dispierto.
SERAFIN. ¿Á puñetazos?
MIGUEL. Qué quieres,
cada uno tiene su método.
(Mercedes se acerca á Miguel.)
SERAFIN. (Esto se vá complicando.)
MERC. Prudencia. (Á Miguel.)
MIGUEL. (Á Mercedes.) De sobra tengo.
SERAFIN. (¿Quién sabe si entre los dos
hay algo que yo no veo?
Tal vez estorbo; tal vez
quieran hablar solos.) Vuelvo.
Voy á escribir una carta:
con permiso...
MERC. Usté es muy dueño.
SERAFIN. Que no suelte usted el hilo. (Á Mercedes.)
MERC. Crea usted que me intereso
vivamente por saber...
MIGUEL. (¡Vuelta!) (Dando otro puñetazo.)
MERC. ¡Jesus! (Yendo hácia Miguel.)
SERAFIN. (¡Esto es sério!
¡Hum! entre este matrimonio
pasa algo gordo; lo huelo.) (Váse.)

ESCENA VII.

MERCEDES, MIGUEL.

MERC. Miguel, ¿de tu malestar
acaso la culpa tengo?
MIGUEL. ¡Qué sé yo!...
MERC. ¡Cómo!...
MIGUEL. Mercedes,
es preciso que pensemos
formalmente la manera...
porque á la verdad, no quiero
presenciar tus excursiones
matinales, tus secretos
con Serafin...
MERC. ¡Já, já, já!
MIGUEL. ¿Te ries?
MERC. ¿Conque con celos

te vienes?

MIGUEL. Tengo motivos.

MERC. ¿Motivos? ¡Oh! yo no debo
oir palabras que envuelvan
ofensas que no merezco.

MIGUEL. ¿Conque es decir, que tú quieres
tener razon?

MERC. ¡Y la tengo!

MIGUEL. Conque en vez de disculparte...

MERC. Yo disculparme no debo.
Nada me interesa tanto
como tu paz, tu sosiego:
siempre con afan procuro
á tus afanes remedio;
si de complacer se trata
el menor de tus deseos,
tú lo sabes, Miguel mio,
ningun obstáculo encuentro;
y tú en cambio te disgustas,
me ofendes, te pones feo...

MIGUEL. ¡Cómo!

MERC. Si, porque los hombres
que fruncen el entrecejo,
se ponen muy feos. Vaya,
si no mírate al espejo.

(Miguel hace un movimiento como para mirarse al espejo, y se contiene como avergonzado de su debilidad.)

MIGUEL. ¿Feo? ¡Vaya, pues no iba
á mirarme!

MERC. ¿Dí si miento?...
Confiesa que eres injusto. (Pausa.)
¡Pero hombre, no ves que espero
á que me pidas perdon
de tus ridículos celos?

MIGUEL. Pues no te lo pido.

MERC. ¿No?

MIGUEL. No, señora.

MERC. ¡Lo veremos! (Pausa.)

(Mercedes mira un momento á Miguel, que permanece sentado: luego se sonrie; se acerca, y colocando un codo sobre la mesa, dice:)

¿Qué culpa tiene la esposa

si su marido indiscreto
de su casa abre la puerta
á amistades de otros tiempos,
y olvidando los deberes
de padre y esposo tierno,
aventura imprecavido
la paz de su hogar doméstico?

MIGUEL. (Tiene razon.)

MERC. ¿Usted calla?
¡Ay, Jesus! por lo que veo,
aun vas á echarme la culpa
á mí, de lo que tú has hecho.
(Mercedes se aparta de la mesa demostrando mal humor.)

MIGUEL. (Mi mujer tiene razon;
lo conozco, lo confieso:
pero ¿qué esposo á su esposa
le dice: «fuí un majadero?»
(Momento de pausa. Se oye en el gabinete de la derecha un piano. Mercedes mira á su marido: este escucha con atencion.)

MERC. (¡Pobrecito!... Aunque es injusto
conmigo... se lo dispenso.)
¿Oyes á tu primogénita,
Miguel?

MIGUEL. Si.

MERC. Hace progresos.
Y á propósito; ayer tarde,
extrañándole ese gesto
que pones hace unos dias,
me dijo: ¿el papá está enfermo,
ó es que me hace mala cara
por no pagar con un beso
mïs adelantos?

MIGUEL. ¿De veras?

MERC. De veras.

MIGUEL. Dime, ¿qué hacemos?
(Levantándose y yendo hácia Mercedes.)

MERC. ¿De qué?

MIGUEL. De ese tarambana.

MERC. Lo que quieras; yo obedezco
humildemente las órdenes

que dicte mi esposo y dueño.

MIGUEL. ¿Me guardas rencor?

MERC. ¿Yo?

MIGUEL. ¡Vamos!
Si yo en esos ojos leo
que estás resentida.

MERC. Un poco.

MIGUEL. Pues perdóname, y busquemos
el modo de vernos libres
de Serafin, de ese trueno;
porque yo no le despido,
está visto; no me atrevo.
Ya lo sabes, por lo qué,
Mercedes, yo te concedo
omnímodas facultades,
y líbrame de él.

MERC. Yo temo
la árdua mision que me encargas.

MIGUEL. Mercedes, yo te lo ruego
por tus hijos. ¿Con que accedes?

MERC. En fin, yo buscaré el medio
de que se vaya, y se vaya
siendo amigo; y si le encuentro,
entonces...

MIGUEL. Si tú me libras
de Serafin, te prometo
comprarte...

MERC. ¡Eh! usted olvida,
don Miguel, que no me vendo?

MIGUEL. Mas, ¿cómo te pago?...

MERC. ¿Cómo?...
dándole á tu Emilia un beso,
y jurando que jamás
les has de poner mal gesto
ni á la hija ni á la madre.

MIGUEL. Mercedes... (Queriendola abrazar.)

MERC. Don Miguel, quieto,
y cumpla usted con la hija.

MIGUEL. Pero, ¿y con la madre?

MERC. (Con marcada intencion.) Hay tiempo.
(Miguel le estrecha la mano y sale. Mercedes al verse sola tira del cordon de la campanilla.)

ESCENA VIII.

MERCEDES, AGAPITA.

MERC. Bastante ha sufrido el pobre:
ya por mas tiempo no debo
vivir sin paz en mi casa.
AGAP. Señora... (Desde el foro.)
MERC. Si un caballero
viene á preguntar por mí,
entra á avisarme al momento,
y nada mas.
AGAP. (Aqui siempre
andan todos con misterio.) (Vase.)

ESCENA IX.

MERCEDES, sola.

Por esta vez, mi marido,
de huéspedes se despide,
que no es tan fácil que olvide
todo lo que ha padecido,
y el problema se resuelve
viendo su dicha en asedio,
que nunca es fuerte el remedio
que la salud nos devuelve.
Mucho sufre, pero al fin,
si otro amigo se presenta
en su casa, tendrá en cuenta
á su amigo Serafin.

ESCENA X.

MERCEDES y SERAFIN, saliendo de su habitacion.

SERAFIN. Mercedes, ¿está usted sola?
MERC. Sí.
SERAFIN. ¿Sí? pues me felicito.
MERC. ¿Por qué?
SERAFIN. Porque necesito

que conferenciemos.

MERC. (¡Hola!)
Ya escucho.

SERAFIN. Siéntese usté.

MERC. ¿Y entra eso en su proyecto?

SERAFIN. No, mas me hace mal efecto
que oiga una señora en pié.

MERC. Gracias. (Sentándose.) (¡Qué amabilidad!)

SERAFIN. Digo pues, ya que es forzoso,
que soy un hombre celoso...

MERC. ¡Cómo! ¿qué?

SERAFIN. De la amistad.

MERC. ¡Ah! creí...

SERAFIN. Tengo testigos
que prueban, si es menester,
que al amor de la mujer
prefiero el de mis amigos:
que mas de una vez, gustoso,
mis conquistas les cedí:
y si duda usted de mí,
pregúnteselo á su esposo.

MERC. ¡Cómo!

SERAFIN. Distingo, y advierto
que no es porque á él le he cedido
ninguna, pero ha vivido
conmigo, y sabe que es cierto.
Le pongo, pues, por testigo,
y no como interesado.
¿Creo que me habré explicado?

MERC. Continúe usted.

SERAFIN. Prosigo.
Loco, alegre, desprendido,
usted ya vé como soy,
lo que me gusta lo pido,
lo que me piden lo doy.

MERC. (Has dicho una gran verdad.
¡Lo que es eso, demasiado!)

SERAFIN. Yo siempre fuí exagerado
en cuestiones de amistad.
Por echarla de Quijote
en pro de algun compañero,
mas de una vez el sombrero

me han hundido hasta el cogote.
Y con tal culto consagro
mi amistad, en conclusion,
que soy la nueva edicion
del corregidor de Almagro.

MERC. (¿Dónde irá á parar ahora?)
Ya eso pasó.

SERAFIN. Es consiguiente,
mas voy á hablar del presente.

MERC. (Tendré paciencia.)

SERAFIN. Señora...
Yo no tengo el egoismo
de ser molesto é importuno...

MERC. (Está visto, no hay ninguno
que se conozca á sí mismo.)

SERAFIN. Por los amigos, vehemente
me sacrifico...

MERC. Se explica.
(Ó mas bien los sacrifica,
lo cual es bien diferente.)

SERAFIN. Pues bien, ya usté habrá sabido...
Del cuarenta y tres arranca
esta amistad noble y franca,
que me une con su marido.
Cuando eramos escolares
antes de correr la Europa,
nos partiamos la ropa,
el dinero y los pesares.
Comprenda usted si yo fiel
debo hoy ser á su amistad;
si querré con ceguedad,
señora mia, á Miguel.
Así es, que al verle callado
y triste, me dá un dolor...
Miguel tiene mal humor,
Miguel está preocupado,
Miguel no tiene reposo,
Miguel apenas sosiega,
y á la soledad se entrega
aburrido y silencioso.
Y aquí mi amistad acude
esclava de lo pactado,

á ver si usté ha averiguado
lo que averiguar no pude.
Si usté á su convenio es fiel,
y lo que él tiene no ignora,
respóndame usted, señora,
¿qué es lo que tiene Miguel?

MERC. Pues bien; voy sin vacilar
á revelarle á usted pues...

SERAFIN. Ya escucho.

MERC. (Ante todo es
la paz, la paz de mi hogar.)

SERAFIN. Ya oigo: vamos, diga usté
lo que sepa con respecto...

MERC. Pero me hace mal efecto
que me escuche usted de pié.
(Serafin se sienta.)
Oiga lo que me ha contado
de la confianza al abrigo.
Miguel...

SERAFIN. ¿Qué?

MERC. Tiene un amigo,
y este amigo es desgraciado.

SERAFIN. Fruta que abunda.

MERC. Ese tal
es casado y tiene hijos.

SERAFIN. Compadezco sus prolijos
afanes; ¡pobre mortal!

MERC. Al contrario, no señor;
á gusto los dos vivian,
y sus horas trascurrian
sin pesares, sin dolor;
cuando un dia... una mañana
vino un feliz accidente
á deshacer de repente
su dulce paz octaviana.
Vino un amigo á su fiel
amistad pidiendo abrigo
y hogar...

SERAFIN. ¿Cómo? (Con interés.)

MERC. Si, un amigo
del amigo de Miguel.
La amistad es privilegio

aun para el ser mas exíguo.
¿Quién niega albergue á un antiguo
compañero de colegio?
Se vieron con gran contento,
se abrazaron, y el casado
ofreció al recien llegado
su casa y su valimiento.

SERAFIN. Vamos, ¡paridad mas fiel!...
como ha hecho Miguel conmigo.

MERC. Y el otro aceptó...

SERAFIN. ¡No digo!...
como hice yo con Miguel.

MERC. El soltero, como antaño,
ha empezado á disponer
con leal franqueza, sin ver
una cosa, y no es extraño,
y es que el casado reposa,
lejos de afanes prolijos,
entre el amor de sus hijos
y el cariño de su esposa;
que aunque antes fueron en pos
uno de otro, hoy sospecho
que bajo de un mismo techo
no pueden caber los dos.
El casado, en su memoria
guarda su fé, pero...

SERRFIN. (Levantándose.) Entiendo

MERC. Aunque le quiere...

SERAFIN. Comprendo;
yo sé un poco de esa historia.
(Con marcada intencion.)

MERC. Y esto le trae...

SERAFIN. Si, repito
que ya sé... (Y tiene razon.
¡Oh! me ha dado una leccion
la mujer de Miguelito.)
Tanto esta historia me place.

MERC. Que él no sepa...

SERAFIN. No es preciso.
Que le pido á usted permiso
para darle un desenlace.

MERC. ¿Pero está usted preocupado?...

que otra vez, créeme á mí,
no seré imprudente.

MERC. Si:
hagamos punto redondo.

AGAPITA. Señora, ¿qué se contesta
al señor que espera?

MERC. Nada.
¿Vamos? (Á Miguel.)

MIGUEL. Vamos. (Vánse por el foro.)

AGAPITA. ¡Pues me agrada!
¡Pareja mas indigesta!

ESCENA XIV.

AGAPITA, SERAFIN, saliendo de su gabinete con la misma ropa con que venia vestido en la primera escena, y con el saco de noche en la mano. Dice los primeros versos dirigiéndose al público y como si se ensayara.

SERAFIN. Señora doña Mercedes,
usted me hizo un gran favor
con la historia consabida
que hace poco me contó;
y pues busca un desenlace
para la historia en cuestion,
sepa usted, señora mia,
que el desenlace soy yo.
Estas serán las palabras
que diré de viva voz
cuando al cruzar esa puerta
me despida...

AGAPITA. (No me vió: (Tose.)
yo haré que me vea.) ¡Ejem!

SERAFIN. ¿Quién tiene por aqui tos?
¿Qué, estás resfriada?

AGAPITO. Un poco.

SERAFIN. Toma una copa de rom
caliente, métete en cama
y suda.

AGAPITA. ¿Es usted doctor?

SERAFIN. Yo entiendo un poco de todo.
Conque... esa mano y adios.

AGAPITA. ¿Qué, se marcha usted?
SERAFIN. Me ausento.
AGAPITA. ¿Y por qué?
SERAFIN. Porque me voy,
y me voy porque no puedo
quedarme si tengo honor.
AGAPITA. ¿Pero asi tan de repente
nos deja?
SERAFIN. De sopeton,
porque de golpe y porrazo
las cosas se hacen mejor.
AGAPITA. Yo creia...
SERAFIN. ¿Tú creias?
Pues tambien creia yo,
pero á veces los creyentes
creemos en un error.
AGAP. ¿Pero y adónde vá usté?
SERAFIN. Ahora
aun ignoro adónde voy:
cuando me encuentre en la calle
consultaré el corazon,
que es de todos mis amigos
el que aconseja mejor;
si me dice á Filipinas
á Filipinas me voy,
si me dice á Francia, á Francia,
y si al Mogol, al Mogol.
Yo bien sé que al separarme
te quedas sin proteccion,
pero ¿qué quieres? el hombre
propone y dispone Dios.
Ánimo pues, Agapita.
no llores, resignacion.
AGAP. Es que yo echaba mis cuentas..
SERAFIN. Tambien las echaba yo,
mas no soy ingrato; toma
esto en conmemoracion
de las frases inocentes
cambiadas entre los dos.
AGAP. Es de oro...
SERAFIN. No, es de algo mas
que el oro, es de similor,

es decir, mil veces oro.
AGAP. Ya valdrá un napoleon
esta sortija lo menos.
SERAFIN. Ignoro lo que costó.
Regalo de una mulata
á quien hice yo un favor,
no sé el valor de esta joya;
pero, aunque valga un millon,
toma, afligida doncella.
Ahora un abrazo y adios.
AGAP. Pero ¿y si nos ven?...
SERAFIN. Que rabien.
AGAP. Vaya usté á decir que no
cuando lo pide de un modo...
SERAFIN. Si mudo de posicion
no te echaré en el olvido.
AGAP. ¿De veras?
SERAFIN. Yo soy quien soy.
AGAP. Gracias.
SERAFIN. No hay para qué darlas.
AGAP. Mire usted, siento un dolor
(Abrazando á Serafin.)
en el pecho y una angustia...
SERAFIN. Y yo.

ESCENA XV.

DICHOS, MIGUEL, MERCEDES.

MIGUEL. (Saliendo.) Y nosotros dos.
MERC. ¿Se marcha usted de esta casa?
SERAFIN. Si señora.
AGAP. Y el señor
como es tan amable, quiso
abrazarme.
MIGUEL. Y te abrazó.
SERAFIN. Y es muy justo.
MERC. Yo lo creo;
SERAFIN. Siempre que hay separacion
entre dos personas íntimas,
el abrazo es de rigor.
AGAP. No, pues usté y don Miguel

se abrazan sin ton ni son;
conque no hagan ustés fisga
porque me abrazó el señor,
porque él es soltero ¿estamos?
y yo soltera, y los dos
bien podemos abrazarnos
sin que sea una irrision.
Don Serafin, buen viaje. (Váse.)
SERAFIN. Señora Agapita, adios.

ESCENA XVI.

DICHOS, menos AGAPITA.

SERAFIN. Perdónela usted, Mercedes.
MERC. Bien, ya no se la despide.
SERAFIN. Y ahora otro perdon les pide...
MERC. ¿Quién?
SERAFIN. Un servidor de ustedes.
MERC. ¿Usted?
MIGUEL. ¿Tú?
SERAFIN. Con toda el alma,
ni enojado ni ofendido,
pido perdon si he podido
turbar su envidiable calma;
ese dulce bienestar,
esa existencia dichosa
que con sus hijos y esposa
disfruta el hombre en su hogar;
ese placer verdadero
á ningun bien comparado,
esa dicha del casado
que busca en vano el soltero.
Así los dos de consuno
permitirán que se ausente
el amigo inconveniente,
el huesped inoportuno.
MIGUEL. ¡Serafin!
MERC. ¡Ah! Monterroso,
ahora no estamos de acuerdo,
no se irá sin un recuerdo
de la amistad de mi esposo.

SERAFIN. Un recuerdo siempre fiel
llevaré yo en mi memoria,
y este recuerdo es la historia
del amigo de Miguel.
MERC. ¿Rencoroso?
SERAFIN. No en verdad:
quién hay que á dudar se atreva
que esa historia fué la prueba
mas grande de su amistad.
MERC. Pues yo no consentiré
que asi abandone el abrigo
de esta su casa, un amigo
tan amigo como usté.
MIGUEL. ¡Ea! sin rodeos, chico.
MERC. Dáselo y cuento ~~contado~~. acabado.
MIGUEL. Toma, ya eres empleado.
(Entregándole una credencial.)
SERAFIN. ¿Empleado?
MIGUEL. En Puerto-Rico.
SERAFIN. Cuarenta mil—buen turron.
MIGUEL. Tiene un tio en el poder:
no dirás que mi mujer
no aprovecha la ocasion.
SARAFIN. Pero...
MERC. Y como es necesario
dinero para el viaje,
está pagado el pasaje,
(Dándole una cartera.)
y este es el consignatario.
SERAFIN. Mas...
MIGUEL. Si algo te falta, espero
que con duda no te quedes.
SERAFIN. Me falta darle á Mercedes
un abrazo.
MERC. ¿Quieres?...
MIGUEL. ¡Quiero!
(Serafin abraza á Mercedes á tiempo que aparece por el foro Agapita.)

ESCENA XVII.

DICHOS, AGAPITA.

AGAP. Señor, ahí está un criado.
(¡Qué veo!)
(Viendo á Serafin abrrzado con Mercedes.)
MIGUEL. Voy á salir.
AGAP. (¡Uf! No se puede sufrir.
Vamos, me lo han contagiado.)
(Ap. á D. Miguel.)
Oiga usté, señor... y ahora,
¿qué es lo que me dice usté?
MIGUEL. ¿Qué te he de decir?...
AGAP. ¿Por qué
no riñe usté á la señora?
MIGUEL. Á la cocina... (Con imperio.)
MERC. ¿Qué ha sido?
MIGUEL. Esta, que tuvo valor...
AGAP. No se enfade usted, señor.
Me voy. (Me lo han pervertido.) (Váse.)

ESCENA ÚLTIMA.

MERCEDES, MIGUEL, SERAFIN.

SERAFIN. ¿Pero cómo he de poder
pagar este extraordinario
favor?...
MÍGUEL. Vuelve millonario,
con hijos y con mujer,
y en paz.
SERAFIN. Si hallo ante mi paso
una mujer cual la tuya
que en su corazon me incluya,
te lo prometo... me caso.
MERC. Yo creo que ha de encontrarla
y que será muy dichoso,
porque á la esposa... el esposo
es el que debe educarla.
Y si esto llega á alcanzar,

usté y su esposa adorada
tendrán la dicha hospedada
en el seno de su hogar.

SERAFIN. Á ese consejo me asocio;
y si hallo mujer que quiera
que la eduque á mi manera,
me caso y hago el negocio.
Pero no olvidar confío
viviendo con mi mitad,
que una cosa es la amistad
y es otra *Lo tuyo mio.*

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 12 *de Diciembre de* 1861.

El censor de teatros.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Sueños de amor y ambicion.
La córte del rey poeta.
Los extremos.
Ver y no ver.
Juan el Tullido (segunda edicion).
Calamidades.
El ángel malo.
¡Alumbra á tu víctima!...
La muerte de Jesus.
La hija de Fernan Gil.
Retratos y originales.
Juan Diente.
Las garras del diablo (juguete lírico).
El maestro de baile (segunda edicion).
La mosquita muerta (tercera edicion).
Géneros ultramarinos.
Herencia de lágrimas.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).
La dicha en el bien ajeno
El cura de aldea (tercera edicion).
La mala semilla.
El rey de bastos.
El movimiento contínuo (segunda edicion).
Caricaturas.
Gil Blas (zarzuela).
Recuerdos de gloria (juguete lírico).
El que siembra recoge (zarzuela).
Lo tuyo mio.

